RIMBERTO

Vida de san Anscario

Vita S. Anscharii

SABBATISMUS

Rimberto (c. 830–888)
Vita S. Anscharii · Vida de san Anscario

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Prefacio. A los monjes de la antigua Corbie

A los santísimos señores, padres y hermanos que militan para Dios en el sacratísimo monasterio de Corbie, dignos de ser recordados con singular veneración y amados en el amor de Cristo, los hijos y discípulos del reverendísimo Padre ANSCARIO piden, en el Señor de los señores, la paz y la salvación perennes de la felicidad eterna.

Largo tiempo gozamos, por la gracia del Señor, del don de un buen pastor; fuimos formados por sus predicaciones y ejemplos y sostenidos por sus méritos e intercesiones; y ahora, privados al fin de su presencia, ponderamos bien qué hemos de llorar por nosotros y de qué hemos de alegrarnos por él. Porque este verdadero adorador de Dios, apartándose de toda obra mala y perseverando en la modestia de la sencillez, nos dio la firme confianza de que, arrebatado de aquí, llegó sin demora a Dios, a quien siempre amó con toda devoción y hacia quien tendía siempre su alma. Por eso creemos que de veras debemos alegrarnos por el premio de su recompensa; pero por nuestra desolación es necesario suplicar, para que, privados humanamente de tan gran pastor, merezcamos ser protegidos desde el cielo con el auxilio divino. Pues, puestos en medio de las diversas angustias de la tribulación, sentimos ya de verdad

lo que hemos perdido, y comprendemos bien lo que tenemos que lamentar por nosotros mismos. Mientras él vivía, creíamos que nada nos faltaba. Su santidad la honraban los reyes, la veneraban los pastores de las Iglesias, la imitaba el clero, la admiraba el pueblo entero; y mientras todos lo proclamaban santo y justo, también nosotros, como el cuerpo de tal cabeza, parecíamos dignos de veneración y de alabanza por su bondad. Pero ahora, privados de tan gran don, no presumimos de nuestros méritos; antes bien, temblamos con corazón temeroso de que, por merecerlo nuestros pecados, comencemos a quedar expuestos a las mordeduras de los lobos. Porque el mundo, que yace en el mal, busca más derribar lo que es justo y santo que levantar lo que es piadoso; y el diablo, enemigo del género humano, cuanto más santa y piadosa ve que es la vida de alguien, con tanto mayor empeño le opone toda clase de adversidades, para destruir lo que es santo y arrebatarlo, con astuta persuasión y perversos designios, a fin de que otros no lo imiten. Así pues, nosotros, suspirando entre peligros temibles, aunque tememos muchos males temporales, creemos sin embargo que el auxilio divino no nos faltará, por indignos que seamos. Por eso rogamos y pedimos con corazón suplicante a vuestra devotísima santidad que, acordándoos de nosotros, os dignéis interceder por nosotros ante el Señor, para que su misericordia no nos abandone ahora, sino que nuestro benignísimo auxiliador aparte de nosotros todo daño, y sea nuestro refugio en la tribulación aquel que no abandona a los que

esperan en él. Confiando, pues, en su presencia, poniendo nuestra esperanza en su misericordia y dejando a su juicio lo que nos sucederá y cómo hemos de mantenernos en adelante, alabamos con todo el afecto del corazón y de la mente la gracia de su bondad, y le damos gracias porque nos concedió gozar, aunque fuera por un tiempo, de tan gran patrono. También a vuestra santísima paternidad damos inmensas gracias, porque por vuestro beneficio y licencia merecimos tener tal Padre: quien quiera imitar sus ejemplos tendrá en cierto modo una vida celestial en la tierra. Quien recuerde su doctrina podrá andar sin extravío por el camino de los mandamientos de Dios. Quien atienda a los consejos de su exhortación procurará guardarse de los lazos del enemigo. Hemos decidido, pues, consignar por escrito la memoria de este santísimo Padre, y dar a conocer por escrito a vuestra reverencia cómo vivió entre nosotros y qué llegamos a saber de él, para que también vuestro afecto alabe con nosotros la clemencia divina manifestada en este varón bienaventurado, y su santísima devoción sea ejemplo de salvación para los que quieran imitarla.

COMIENZA LA VIDA

2. El niño Anscario es apartado por el cielo de los juegos vanos.

La santidad de vida del beatísimo Padre Anscario comenzó a crecer, por don de la gracia divina, desde su más tierna edad, y en cada etapa de sus años multiplicó el acrecentamiento de las virtudes. Porque desde la infancia fue inspirado

desde el cielo con revelaciones espirituales, y por la gracia del Señor fue amonestado con frecuencia por visitas de lo alto, para que, apartando su mente de lo terreno, anhelase con todo el corazón lo celestial. Estas revelaciones él las había dado a conocer a algunos de nosotros que le eran más allegados, pero con la condición de que no las manifestasen a nadie mientras él viviera. Nosotros, para alabanza del Señor, hemos querido insertarlas en esta obra después de su muerte, para que todos los que lean reconozcan con cuánta gracia se dignó el Señor corregir a su siervo desde su primera edad, y después glorificarlo por los méritos de las buenas obras que siguieron. Contaba, en efecto, que en el tiempo de su niñez, cuando tenía unos cinco años, murió su madre, mujer muy piadosa en el temor de Dios, y que no mucho después su padre lo envió a la escuela para que aprendiera las letras. Puesto allí, comenzó, como es propio de esa edad, a portarse como un niño con sus compañeros, y a darse más a correrías vanas y a juegos que a aplicarse al aprendizaje de la disciplina. Y estando así entregado a las cosas de la niñez, le pareció una noche que se hallaba en un lugar muy cenagoso y resbaladizo, de modo que solo con gran dificultad podía salir de él; junto a aquel lugar había un camino amenísimo, por el que veía avanzar a una como señora, espléndida en todo adorno y dignidad, y a muchas otras mujeres vestidas de blanco, entre las cuales estaba también su madre. Al reconocerla, quiso correr hacia ella; pero no podía salir fácilmente de aquel lugar fangoso y tan resbaladizo. Cuando aquel

coro de mujeres se le acercó, le pareció que la que parecía ser la señora de las demás, y que él creía sin duda alguna que era santa María, le decía: «Hijo, ¿quieres venir con tu madre?». Y como él respondiera que lo deseaba ardientemente, ella añadió: «Si quieres tener parte en nuestra voluntad, debes huir de toda vanidad, dejar los juegos de niño y guardarte en la seriedad de vida. Porque aborrecemos mucho todo lo que es vano y ocioso; y no puede estar en nuestra compañía quien se haya deleitado en esas cosas». Después de esta visión, comenzó en seguida a comportarse con más seriedad y a evitar la compañía de los niños, y a ocuparse con más empeño en la lectura, la meditación y otras cosas provechosas, de modo que sus compañeros se admiraban mucho de que tan de repente hubiera cambiado a otro modo de vida.

3. SIENDO MONJE, AL OÍR LA MUERTE DE CARLOS, SE VUELVE MÁS FERVOROSO.

Después de esto recibió la tonsura entre vosotros y fue puesto bajo la disciplina monástica; y cuando llegó a la adolescencia, insinuándose la fragilidad humana, comenzó poco a poco a enfriarse en el rigor de su primer propósito. Entretanto sucedió que oyó la noticia de la muerte del excelentísimo señor, el emperador Carlos, a quien antes había visto glorioso en gran poder y de quien había oído que había gobernado de manera laudable y con gran prudencia el cetro del reino. Herido de gran temor y espanto por la muerte de tan gran emperador, comenzó a

volver en sí y a traer a la memoria las palabras de la amonestación de la santa Madre de Dios; y así, dejando a un lado toda ligereza, comenzó a desfallecer de amor por la compunción divina y, convirtiéndose por entero al servicio de Dios, se daba a la oración, a las vigilias y a la abstinencia.

4. EN ÉXTASIS ES CONDUCIDO POR LOS SANTOS AL PURGATORIO.

Mientras este verdadero atleta de Dios perseveraba en estos ejercicios de virtud, y en esa seriedad constante el mundo se le volvía muerto a él y él al mundo, llegó el santo día de Pentecostés; y mientras la gracia del Espíritu Santo, que en esa fiesta fue derramada sobre los apóstoles, iluminaba y alegraba también su mente (según creemos), le pareció aquella misma noche que iba a morir como por un accidente repentino, y que en el mismo trance de la muerte había invocado en su ayuda a san Pedro apóstol y a san Juan Bautista. Y cuando su alma, según le parecía, salía del cuerpo y al punto aparecía en otra forma corporal hermosísima, libre de toda mortalidad y de toda inquietud, en ese mismo instante de muerte y de asombro aparecieron los varones mencionados. Uno de ellos era de más edad, de cabeza cana, cabello liso y espeso, rostro rubicundo, semblante algo triste, vestido blanco y de color, de baja estatura; sin que nadie se lo dijera, reconoció al instante que era san Pedro. El otro era joven, de estatura más alta, con barba incipiente, cabello algo oscuro y algo rizado, rostro enjuto, semblante alegre, vestido de seda; y creyó firmemente que

era san Juan. Ambos se pusieron a su lado, uno a cada parte. Su alma, una vez salida, le parecía estar al instante en una claridad inmensa, de la que todo el mundo estaba lleno; y a través de esa claridad lo conducían los santos dichos de un modo admirable e inefable, sin que él se fatigara en nada. Cuando llegaron a un lugar que él sabía con toda certeza, sin que nadie se lo dijera, que era el fuego del purgatorio, lo dejaron allí; y allí, aunque padeció muchas cosas, le pareció soportar sobre todo tinieblas espesísimas, opresiones terribles y ahogos; y, privado de toda memoria, apenas alcanzaba a pensar solo esto: cómo podía existir un castigo tan terrible. Cuando, según él creía, llevaba tres días atormentado allí (espacio que por la inmensidad de la pena le pareció más largo que mil años), volvieron los varones dichos, y, poniéndose otra vez a uno y otro lado, alegrándose con mucho mayor gozo que antes y avanzando en todo con mucha más suavidad, lo conducían a través de una claridad mayor, si así puede decirse, caminando con paso inmóvil y sin camino corporal.

5. DESPUÉS, AL PARAÍSO.

Y, para usar sus propias palabras: «Veía —dice— desde lejos los diversos órdenes de los santos, unos más cerca, otros más lejos, que estaban hacia el oriente, mirando sin embargo hacia el oriente y alabando al que aparecía en el oriente; unos adoraban con la cabeza inclinada, otros con el rostro levantado y las manos extendidas. Cuando llegamos al lugar del oriente, he

aquí que aparecieron los veinticuatro ancianos, según está escrito en el Apocalipsis, sentados en sus tronos, dejando libre una entrada amplísima; también ellos, mirando con reverencia hacia el oriente, entonaban alabanzas inefables al Señor. Las alabanzas de los que cantaban a una me procuraban un deleite suavísimo; pero, después de volver al cuerpo, de ningún modo pude retenerlas. En el mismo lugar del oriente había un resplandor admirable, una luz inaccesible, de claridad excesiva e inmensa, en la que estaba todo color preciosísimo y toda alegría; y todos los órdenes de los santos, que estaban alrededor regocijándose por todas partes, sacaban de él su gozo. Aquel resplandor era de tal grandeza que yo no podía contemplar ni su principio ni su fin. Y aunque podía mirar en derredor, lejos y cerca, no podía contemplar lo que había dentro de aquella inmensidad de luz, sino que solo veía su superficie; con todo, creía que allí estaba aquel de quien dice Pedro: a quien los ángeles desean contemplar (1 Pe 1,12). Porque de él procedía una claridad inmensa, con la que se iluminaba toda la longitud y la anchura de los santos. Él estaba también en cierto modo en todos, y todos en él; él los rodeaba a todos por fuera, él los gobernaba a todos por dentro saciándolos; él los protegía desde arriba, él los sostenía desde abajo. El sol y la luna no brillaban allí en absoluto, ni se veían allí el cielo y la tierra. Y tampoco aquella claridad era de tal suerte que impidiera la vista a quienes la contemplaban, sino que saciaba los ojos con sumo agrado. Y cuando digo que los ancianos es-

taban sentados, en cierto modo estaban sentados en él: porque allí no había nada corpóreo, sino que todo era incorpóreo, aunque tenía apariencia de cuerpos, y por eso inefable. Alrededor de los que estaban sentados se extendía un resplandor que procedía de él, semejante al arco de las nubes.

6. ENTIENDE QUE SERÁ MÁRTIR; DE QUÉ MODO.

»Cuando, pues, los varones dichos me hubieron presentado ante aquella inmensidad de luz, donde, sin que nadie me lo mostrara, me parecía que estaba la majestad de Dios omnipotente, una voz suavísima, más clara que todo sonido, pues me pareció que llenaba el mundo entero, salió de esa misma majestad y se dirigió a mí, diciendo: "Ve, y volverás a mí coronado con el martirio". Ante esa voz toda la asamblea de los santos, que alababa a Dios por todas partes, calló y adoró con el rostro inclinado. Pero no vi en absoluto figura alguna de la que se formara aquella voz. Después de esa voz me entristecí, porque se me obligaba a volver al mundo; pero, seguro por la promesa del regreso, me volví de allí con mis guías, los cuales, tanto a la ida como a la vuelta, no me dijeron nada, sino que me miraban con tan piadoso afecto como una madre contempla a su hijo único. Y así volví al cuerpo. Al ir y al volver no había ni fatiga ni tardanza, porque adonde nos dirigíamos, allí estábamos al instante. Y aunque parezca haber contado algo de tan gran dulzura de dulzuras, confieso sin embargo que de ningún modo la pluma ha podido expresar tanto como

el alma siente. Y ni siquiera el alma lo siente tal como fue: porque me parecía ser aquello que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre (1 Cor 2,9)». Con esta visión, que hemos narrado con sus palabras tal como él la dictó, el siervo de Dios, aterrado y consolado a la vez, comenzó a ejercitarse con más solicitud en el temor de Dios, a adherirse cada día con más ardor a las buenas obras y a esperar confiadamente de la misericordia de Dios que él mismo dispondría alguna ocasión en que pudiera alcanzar la palma del martirio. Pero como esto no sucedió corporalmente bajo la amenaza de la espada, explicaremos con más amplitud, cuando lleguemos a narrar su muerte, cómo, por la misericordia de Dios, se cumplió en la mortificación de la cruz que llevó sin cesar en su cuerpo por el honor del nombre de Cristo.

7. SIENDO MAESTRO DE LA ESCUELA, CRISTO LO EXHORTA A CONFESAR SUS PECADOS.

Después de esto, cuando era maestro de la escuela de San Pedro, se había acostumbrado, al ir al claustro o al volver de él, a detenerse en oración más retirada en el oratorio de san Juan Bautista. Y dos años después de la visión antes narrada, le pareció una noche que había entrado en ese mismo oratorio para orar. Al levantarse de la oración, he aquí que entraba por la puerta un hombre de alta estatura, vestido a la manera judía, de hermoso semblante; y de sus ojos el resplandor de la divinidad, como llama de fuego, irradiaba.

Al verlo, dejando a un lado toda vacilación, creyó que era Cristo el Señor, y, adelantándose, cayó a sus pies. Y como yacía postrado rostro en tierra, él le mandó que se levantara. Y cuando, levantándose, estuvo de pie con reverencia ante él, sin poder mirarle al rostro por el excesivo resplandor que brillaba en sus ojos, le habló con voz dulce, diciendo: «Di tus iniquidades, para que seas justificado (Is 43,26)». El siervo de Dios le respondió: «Señor, ¿qué necesidad hay de decírtelo? Tú lo sabes todo, y nada se te oculta». Él prosiguió: «Ciertamente lo sé todo, pero por eso quiero que los hombres me confiesen sus pecados, para que reciban el perdón». Cuando le hubo manifestado todo lo que había hecho desde la infancia, y después él se postró en oración mientras el otro permanecía de pie, le dijo: «No temas, porque yo soy el que borra tus iniquidades (Is 43,25)». Tras estas palabras se retiró el que se le había aparecido; y el varón de Dios, despertando del sueño y confortado con la confianza del perdón de sus pecados, saltaba de inmenso gozo.

8. VE EL ALMA DE FULBERTO ARREBATADA AL CIELO.

Por aquel tiempo sucedió también, cosa bien conocida de vuestra reverencia, que un niño de la escuela llamado Fulberto, golpeado por un compañero con una tablilla, fue llevado hasta la muerte. Por esto el siervo de Dios quedó sumamente triste, de que bajo el cuidado de su magisterio hubiera ocurrido tan gran negligencia entre los que le estaban sujetos. Pero al acercarse

la hora de la muerte del niño, el varón del Señor estaba por casualidad acostado en su lecho, dormido, cuando he aquí que vio en sueños el alma del niño sacada del cuerpo y llevada al cielo por ministerio de ángeles, y a sí mismo acompañándola, por disposición de Dios, de un modo admirable e inefable. Y cuando penetraron en los secretos del cielo, vio que el alma del niño era introducida en una morada de púrpura y colocada entre las filas de los mártires. Y allí se le concedió conocer que, porque el niño había soportado con bastante paciencia la herida que se le había causado y, amando el alma de su hermano hasta la muerte, había intercedido con suma benignidad por quien lo había golpeado, la bondad divina, recompensando su paciencia y su benignidad, lo había contado entre los coros de los mártires. Y esto le fue mostrado con tanta rapidez, en la hora misma de su muerte, que, mientras el niño aún estaba muriendo, el venerable Padre Witmar (que entonces dirigía con él la escuela de los niños y está presente como testigo de este hecho) lo despertó precisamente para anunciarle la muerte de su discípulo; y él respondió que también eso lo sabía ya. Esto, sin duda, se lo concedió ver la gracia del Señor para su consuelo, a fin de que, ya que se entristecía tanto por ello, aliviara la pena de su ánimo con la salvación del niño.

9. PASA DE LA ANTIGUA CORBIE A LA NUEVA, DONDE SE HACE MAESTRO Y DOCTOR

Cuánto creció después entre vosotros en gracia de santidad y de bondad el varón de Dios,

inspirado desde el cielo por estas y otras muchísimas revelaciones y visiones, lo probará mejor el testimonio de los vuestros que estuvieron presentes entonces. Pero queriendo nosotros narrar lo que se hizo entre nosotros, parece que primero hay que averiguar, por los que quizá conocen menos este asunto, con qué ocasión se retiró aquí del lugar de su estabilidad; y, habiendo sido ofrecido a Dios entre vosotros y habiendo prometido allí obediencia, por qué impulso emigró a estas regiones y fue elevado entre nosotros al oficio episcopal. Hemos juzgado necesario escribir esto para que nadie atribuya quizá a ligereza lo que el varón de Dios emprendió por impulso de la compunción divina y por amor a la peregrinación, para la salvación de las almas. Se comenzó, pues, en otro tiempo en estas regiones, es decir, en Sajonia, un monasterio que, por la autoridad y el magisterio de vuestra santidad, fue primero fundado y, con el tiempo, por don de Dios, felizmente acabado; y tomó prestado el nombre del lugar de vuestra morada, de modo que se llamó Nueva Corbie. A este lugar fue enviado primero el siervo de Dios junto con otros hermanos vuestros, para desempeñar allí el oficio de enseñar; y en ello resultó tan aprobado y aceptado en todo que, por elección de todos, también predicaba públicamente en la iglesia la palabra de Dios al pueblo. Y así sucedió que él fue en ese lugar el primer maestro de la escuela y también el predicador del pueblo.

10. CON QUÉ OCASIÓN FUE ENVIADO A DINAMARCA CON EL REY HARALD, A PETICIÓN DE LUIS EL PIADOSO.

Después de esto sucedió que un rey llamado Harald, que tenía una parte del reino de los daneses, acosado por el odio y la enemistad de los demás reyes de aquella tierra, fue expulsado de su reino. Acudió al serenísimo emperador Luis, pidiéndole que le concediera su auxilio para poder recobrar su reino. El emperador lo retuvo consigo y lo exhortó, tanto en persona como por medio de otros, a recibir el cristianismo, para que hubiera así mayor amistad entre ellos y el pueblo cristiano acudiera con más pronta voluntad en ayuda de él y de los suyos si ambos adoraban a un solo Dios; y al fin, por don de la gracia divina, lo convirtió a la fe, y, una vez bañado en el santo bautismo, él mismo lo recibió de la sagrada fuente y lo adoptó como hijo. Cuando quiso devolverlo a su tierra, para que, protegido con su ayuda, volviera a los confines de su reino, comenzó a buscar con diligencia si encontraba algún varón de santa devoción que pudiera ir con él y permanecer siempre a su lado, y ser para él y los suyos maestro de doctrina saludable, a fin de que recibieran y afianzaran la fe del Señor. El emperador comenzó, pues, a tratar de este asunto en una asamblea pública de sus magnates, con los sacerdotes y sus demás fieles, y a rogar a todos con insistencia que le encontrasen a alguien dispuesto y digno de tal obra.

11. LOS HERMANOS DESAPRUEBAN SU PEREGRINACIÓN, AUNQUE WALA LA CONSIENTE.

Como todos dijeran que no conocían a ningún hombre de tanta devoción que quisiera emprender una peregrinación tan peligrosa por el nombre de Cristo, se levantó Wala, entonces venerable abad de vuestro monasterio, y dijo al emperador que conocía en su monasterio a un monje que ardía con gran fervor en las cosas de Dios y deseaba padecer mucho por su nombre; alabó a la vez su formación y sus costumbres, y declaró que era muy idóneo para esta obra, pero aseguró que no sabía si estaría dispuesto a soportar tal peregrinación. ¿Para qué más? Por orden del rey fue llamado Anscario al palacio, y el abad le refirió todo lo sucedido y le manifestó para qué se le llamaba. Él respondió que estaba dispuesto a servir a Dios en todo lo que se le impusiera por obediencia. Llevado, pues, a presencia del emperador, y preguntado por él si quería, por el nombre de Dios, hacerse compañero de Harald para predicar el Evangelio entre los pueblos de los daneses, respondió con firmeza que lo quería de todo corazón. Y cuando el abad añadió que de ningún modo le impondría tan pesada carga mandándoselo, sino que, si él lo elegía espontáneamente, le sería grato y le daría licencia con su autoridad, él respondió igualmente que lo elegía y que quería llevarlo a cabo por todos los medios. Cuando esto se declaró públicamente y lo supieron todos los que vivían en la casa del abad, muchos comenzaron a admirarse de tan gran

cambio: que, dejando su patria y sus parientes, y el dulcísimo afecto de los hermanos con quienes se había educado, quisiera ir a naciones extrañas y convivir con desconocidos y bárbaros. Muchos además lo detestaban por ello y lo hostigaban con reproches; algunos intentaban apartarlo de su propósito. Pero el varón de Dios permanecía inmóvil en la voluntad emprendida. Y mientras el abad iba cada día al palacio, él se quedaba en casa, huía de la compañía de todos y, eligiendo para sí un lugar solitario en una viña cercana, se dedicaba a la oración y a la lectura.

12. AUTBERTO SE UNE A ÉL.

Estaba también entonces con el señor abad un hermano de vuestro monasterio llamado Autberto, que, al verlo tan preocupado y triste, apartándose cada día y sin buscar la compañía ni la conversación de nadie, comenzó a compadecerse de él. Y un día, yendo al lugar de la viña donde estaba sentado a solas, comenzó a preguntarle si de veras quería emprender aquella peregrinación. Él, pensando que no le preguntaba por compasión, sino más bien por astucia, respondió: «¿Qué os importa esto? No turbéis mi ánimo con semejante pregunta». Pero el otro le aseguraba que no pretendía en esto engaño alguno, sino que de veras quería saber si estaba resuelto a perseverar en la voluntad propuesta. Entonces, agradeciendo su buena voluntad, respondió: «Se me ha preguntado si quería, por el nombre de Dios, ir a pueblos extranjeros a predicar el Evangelio de Cristo; a esta propuesta de ningún modo

me he atrevido a resistirme; antes bien, deseo con todas mis fuerzas que se me dé ocasión de ir, y nadie podrá apartar mi ánimo de este propósito». Entonces aquel hermano le respondió: «Y yo nunca permitiré que vayas solo, sino que por amor de Dios deseo partir contigo, con tal que me obtengas la licencia del señor abad». Sellado así entre ellos este piadoso acuerdo, salió al encuentro del abad cuando volvía y le indicó que había encontrado un compañero dispuesto a acompañarle voluntariamente en este viaje. Cuando el abad preguntó quién era y él nombró al hermano Autberto, quedó atónito de gran asombro, pues de ningún modo pensaba que quisiera tal cosa quien era de noble linaje en el siglo, entonces familiar suyo y tenido como administrador de su casa después de él; con todo, lo llamó y le preguntó sobre ello. Él respondió que de ningún modo podía consentir que Anscario fuera solo, sino que por el nombre de Cristo quería ser su consuelo y su ayuda, si tenía su licencia y la de los hermanos. El señor abad le respondió que le daría licencia si elegía este viaje espontáneamente, pero que no les asignaría ningún compañero de su servidumbre para su servicio, a no ser que ellos mismos pudieran mover a alguno a ir con ellos por propia voluntad. Esto no lo hacía el venerable abad por falta de afecto, sino porque le parecía abominable e injusto que alguien fuera obligado contra su voluntad a vivir entre paganos.

13. AMBOS PARTEN HACIA DINAMARCA CON HARALD. SON BIEN RECIBIDOS EN CO-

LONIA. LLEGAN A LOS CONFINES DE LOS DANESES.

Después de esto ambos fueron llevados ante el rey; y él, complacido con su voluntad y su deseo, les dio ornamentos para el ministerio de la Iglesia, cofres y tiendas, y las demás provisiones que parecían necesarias para tan largo camino; y les mandó ir con Harald, encargándoles que pusieran el mayor cuidado en su fe y trabajaran sin cesar, con piadosa exhortación, para que ni él ni los suyos, que habían sido bautizados con él, volvieran por instigación del diablo a sus antiguos errores, y que al mismo tiempo movieran con empeño a otros, con la palabra de la predicación, a recibir el cristianismo. Despedidos, pues, por el emperador, no tuvieron ningún compañero que les prestara algún servicio, porque nadie de la servidumbre del abad quiso ir con ellos espontáneamente, y él no quería obligar a nadie contra su voluntad. También Harald, a quien habían sido encomendados, todavía rudo y neófito, ignoraba cómo debían ser tratados los siervos de Dios. Y los suyos, recién convertidos y educados de manera muy distinta, no se cuidaban mucho de ellos. Emprendiendo, pues, con gran dificultad esta peregrinación, llegaron a Colonia, donde el venerable obispo de entonces, Hadebaldo, compadecido de su necesidad, les dio una nave excelente para guardar sus cosas, en la que había dos pequeños camarotes muy bien dispuestos. Al verla, Harald eligió quedarse con ellos en esa misma nave, de modo que él ocupara un camarote y ellos el otro; y así comenzaron a crecer entre ellos la familiari-

dad y la benevolencia, y desde entonces también los suyos les servían con más diligencia. De allí, pasando por Dorestad y atravesando las tierras vecinas de los frisones, llegaron a los confines de los daneses. Y como el rey Harald no podía por entonces permanecer en paz en su reino, el emperador le dio un beneficio más allá del Elba, para que pudiera residir allí cuando le fuera necesario.

14. INSTRUYEN A LOS PAGANOS Y ABREN ESCUELAS PARA NIÑOS. AUTBERTO MUERE EN CORBIE.

Los siervos de Dios, pues, viviendo con él, unas veces entre cristianos y otras entre paganos, comenzaron a dedicarse a la palabra de Dios y a exhortar a cuantos podían al camino de la verdad. Muchos se convertían a la fe por su ejemplo y su doctrina, y crecían cada día los que se salvaban en el Señor. Inspirados también por el amor divino para propagar la religión de su devoción, comenzaron a buscar con empeño niños a quienes comprar y educar para el servicio de Dios. También Harald puso a algunos de los suyos bajo su cuidado para que fueran instruidos; y así sucedió que en poco tiempo establecieron allí una escuela de doce niños o más. También reunieron consigo, de aquí y de allá, otros servidores y ayudantes, y su fama y su religión comenzaron a crecer con más fruto en el nombre de Dios. Cuando llevaban dos años o más en este santo propósito, sucedió que el hermano Autberto cayó gravemente enfermo. Por esta causa fue llevado de allí a la Nueva Corbie, y, agravándose su larga dolencia, cerró

allí su último día en tiempo de Pascua, con un tránsito feliz (según creemos), tal como el Señor se lo había revelado antes.

15. AL PEDIR PREDICADORES LOS SUECOS, ANSCARIO ES ENVIADO A ELLOS POR LUIS, ANIMADO POR UNA VISIÓN CELESTIAL CON EL DESEO DE PADECER.

Entretanto sucedió que llegaron ante Luis unos legados de los suecos, que, entre los demás asuntos de su embajada, hicieron saber al clementísimo emperador que había muchos en su pueblo que deseaban recibir el culto de la religión cristiana. Y que también el ánimo de su rey era bastante favorable para permitir que hubiera allí sacerdotes de Dios: solo pedían alcanzar de su munificencia que les enviara predicadores idóneos. Al oírlos, el religiosísimo emperador se alegró muchísimo, y comenzó de nuevo a buscar a quiénes enviar a aquellas regiones, para que comprobaran si aquel pueblo estaba dispuesto a creer, como habían dicho los enviados, y comenzaran a transmitirles el culto de la religión cristiana. Y así sucedió que el serenísimo emperador comenzó de nuevo a tratar con vuestro abad si acaso podía encontrar a alguno de sus monjes que quisiera ir a aquellas regiones por el nombre de Cristo, o al menos que se quedara con Harald, para que el que estaba con él, el siervo de Dios Anscario, emprendiera aquella misión. Por este motivo sucedió que fue llamado de allí al palacio por orden del rey. Y se le advirtió que no se afeitara antes de llegar a presencia del emperador. El

varón de Dios, sabiendo bien de antemano para qué se le llamaba, comenzó a arder con todo el fervor de su corazón en el amor de Dios, y a tener por sumo gozo que se le permitiera dedicarse a ganar almas. Y cualquier contrariedad o adversidad que pudiera sucederle en tal viaje, se propuso en su ánimo soportarla con paciencia por Cristo; y no abrigaba en su corazón duda alguna sobre tal obra, porque lo consolaba el don de una visión divina que había tenido antes. Pues en el tiempo antes dicho, cuando vivía entre vosotros y ya había sido inspirado desde el cielo por dos visiones, le pareció una noche que había llegado a una casa donde estaban muchos del orden de los predicadores, preparados para el oficio de predicar; y ante ellos, arrebatado de pronto en éxtasis, veía que lo envolvía la claridad de una luz inmensa, enviada desde el cielo, más intensa que el rayo del sol. Y mientras se preguntaba qué sería aquello, vino a él una voz casi semejante a la que contaba haber oído en la primera visión, que le decía: «Tu pecado te es perdonado». Él, movido, según creemos, por el Espíritu divino, le respondió diciendo: «Señor, ¿qué quieres que haga?». Y de nuevo sonó la voz, diciendo: «Ve y anuncia a los pueblos la palabra de Dios». Meditando esta visión en su ánimo, el siervo de Dios se gozaba alegre en el Señor, viendo ya cumplido en parte lo que se le había mandado, y deseando, para colmar aún más su trabajo, anunciar la palabra de Dios también a los suecos.

16. RECIBE COMO COMPAÑERO A WITMAR, QUEDANDO GISLEMARO EN SU LUGAR EN DINAMARCA. ES DESPOJADO POR PIRATAS.

Llevado, pues, a presencia del emperador y preguntado por él si quería emprender esta misión, respondió con libertad que estaba dispuesto a todo lo que, por el nombre de Cristo, él decretara imponerle con su autoridad. Entonces, por providencia de Dios, el venerable abad le encontró un compañero de vuestra fraternidad, el monje Witmar, muy digno de tan gran obra y dispuesto a ella. Y dispuso que con Harald estuviera el devotísimo Padre Gislemaro, probado en la fe y en las buenas obras, y ferventísimo en el celo de Dios. Emprendió, pues, la misión que le encomendó el emperador: ir a las regiones de los suecos y comprobar si aquel pueblo estaba dispuesto a creer, como lo habían hecho saber los enviados. Cuántos y cuán graves males padeció en esta misión, mejor podrá contarlo el Padre Witmar, que estuvo presente. Bástenos contar solo esto: que, estando casi a mitad de camino, dieron con unos piratas. Y aunque los mercaderes que iban con ellos se defendieron virilmente y al principio lograron la victoria, en un segundo encuentro fueron vencidos y derrotados por los mismos piratas, de modo que estos les quitaron las naves y todo lo que tenían, y ellos a duras penas escaparon huyendo a pie a tierra. Allí perdieron los regalos reales que debían llevar y todo lo que tenían, excepto alguna pequeña cosa que, al saltar de la nave, pudieron por casualidad llevarse consigo. Entre otras cosas, perdieron, robados por ellos,

casi cuarenta libros que habían reunido para el servicio de Dios. Ocurrido esto, y mientras unos se disponían a volver y otros a seguir adelante, el siervo de Dios no pudo ser apartado de ningún modo del camino emprendido; antes bien, dejando al arbitrio de Dios lo que le sucediera, resolvió de ningún modo regresar hasta conocer, por voluntad de Dios, si en aquellas regiones se le podía dar licencia para predicar.

17. RECIBIDO BENIGNAMENTE POR EL REY DE SUECIA, EMPRENDE CON FRUTO LA CONVERSIÓN DEL PUEBLO.

Después de esto, caminando a pie con gran dificultad por un larguísimo camino, y atravesando en barca, donde convenía, los mares que se interponían, llegaron por fin a un puerto de aquel reino llamado Birka, donde fueron recibidos benignamente por su rey, que se llamaba Björn, después de que sus mensajeros le refirieron por qué habían venido. Conocida su misión, y tratado el asunto con sus fieles, con igual deseo y consentimiento de todos les dio licencia para permanecer allí y predicar el Evangelio de Cristo, concediendo libertad para que quienes quisieran buscasen su doctrina. Así pues, los siervos de Dios, con corazón alegre, viendo que lo que deseaban había tenido feliz éxito, comenzaron a anunciar la palabra de salvación a las gentes que allí vivían. Y eran muchos los que favorecían su misión. Había también entre ellos muchos cautivos cristianos, que se alegraban de poder participar por fin de los misterios; y se comprobó que todo era

verdaderamente tal como sus enviados lo habían hecho saber al serenísimo emperador, y no pocos pedían con devoción la gracia del bautismo. Entre ellos recibió el don del santo bautismo el prefecto de aquella población y consejero del rey, muy amado de él, llamado Herigario, que se mantuvo firmísimo en la fe católica. Él construyó una iglesia en su heredad y se ejercitó con suma piedad en el servicio de Dios. De este hombre se conservan diversos hechos insignes, y se comprueban muchas señales de su fe invicta, que expondremos con más claridad en lo que sigue.

18. ANSCARIO INFORMA DEL ASUNTO AL EMPERADOR.

Pasado un año y medio entre ellos, los siervos de Dios volvieron al serenísimo emperador con prueba cierta de su misión y con cartas trazadas de mano del rey según su costumbre; y, recibidos por él con honor y con la mayor bondad y benevolencia, contaron cuán grandes cosas había hecho el Señor con ellos, y que en aquellas regiones se había abierto una puerta de fe para la vocación de los gentiles. Al oír esto, el devotísimo emperador se alegraba con inmenso gozo; y recordando a la vez lo que ya antes se había comenzado entre los daneses en orden al culto de Dios, y dando alabanzas y gracias al Señor omnipotente, encendido en el ardor de la fe comenzó a buscar cómo podría establecer una sede episcopal en las regiones del Norte, es decir, en el confín de su imperio, desde la cual fuera conveniente que el obispo allí residente visitara con frecuencia aquellas regio-

nes para predicar, y desde la cual también todas aquellas naciones bárbaras pudieran recibir con más facilidad y abundancia los sacramentos del misterio divino. Mientras se aplicaba con vigilante cuidado a esta preocupación, supo por relato de algunos de sus fieles que, cuando su padre de gloriosa memoria, el emperador Carlos, dividió en obispados toda Sajonia, domada por la espada y sometida al yugo de Cristo, no encomendó a la protección de ninguno de los obispos la última parte de aquella provincia, que estaba al norte, más allá del Elba, sino que decidió reservarla para establecer allí una sede arzobispal, desde la cual, por la gracia del Señor, la propagación de la fe avanzara también hacia las naciones extranjeras. Por esta razón había hecho consagrar allí primero una iglesia por un obispo de la Galia llamado Amalario. Después encomendó esa misma parroquia a un presbítero llamado Heridag, para que la gobernara de modo especial; y de ningún modo quiso que los obispos vecinos tuvieran potestad alguna sobre aquel lugar. Había dispuesto también que este presbítero fuera consagrado obispo, pero su rápida partida de esta luz impidió que se hiciera.

19. OBTIENE LA SEDE DE HAMBURGO, DESIGNADA POR CARLOS Y ERIGIDA POR LUIS. ES CONSAGRADO ARZOBISPO.

Después de la muerte de aquel emperador de tan gran memoria, cuando su hijo, es decir, el emperador Luis antes mencionado, fue colocado en el trono de su reino, por sugerencia de algunos

dividió en dos aquella parte de la provincia que estaba más allá del Elba, y la encomendó entretanto a dos obispos vecinos. Porque no atendió bastante a lo que su padre había establecido al respecto, o bien lo ignoró por completo. Pero presentada así la ocasión, pues la fe de Cristo había comenzado por la gracia de Dios a dar fruto en las regiones de los daneses y de los suecos, conocido el deseo de su padre, y para que nada de su empeño quedara inacabado, con el consentimiento de los obispos y una gran asamblea sinodal estableció en aquella última región de Sajonia, al otro lado del Elba, en la ciudad de Hamburgo, una sede arzobispal, a la que estuviera sujeta toda la Iglesia de los nordalbingios y a la que perteneciera la potestad sobre todas las regiones del Norte, para establecer obispos o presbíteros que fueran enviados a aquellas regiones por el nombre de Cristo. A esta sede, pues, el emperador hizo consagrar solemnemente arzobispo a nuestro señor y Padre Anscario, por manos de Drogón, obispo de Metz y entonces archicapellán de la suprema y santa dignidad del palacio, estando presentes los arzobispos Ebón de Reims, Hetti de Tréveris y Otgario de Maguncia, junto con muchos otros prelados reunidos en la asamblea del imperio; asistiendo también, consintiendo y consagrando a una con ellos, los obispos Helingaudo y Willerico, a quienes habían sido encomendadas aquellas partes de la diócesis. Y como aquella diócesis estaba situada en lugares peligrosos, para que no pereciera de algún modo por la amenazadora crueldad de los bárbaros, y porque era en todo

sentido pequeña, entregó a su misión una celda monástica en la Galia llamada Torhout, para que sirviera perpetuamente a esa misma sede.

20. CONFIRMADO POR GREGORIO IV, ES NOMBRADO LEGADO PARA LOS PUEBLOS DEL NORTE.

Y para que todo esto conservara el vigor perpetuo de su estabilidad, lo envió con honor a la Sede Apostólica, y por medio de sus enviados, los venerables obispos Bernoldo y Ratoldo y el ilustrísimo conde Geroldo, hizo comunicar todo este plan al santísimo papa Gregorio para que lo confirmara. Y él lo confirmó, tanto con la autoridad de su decreto como con la entrega del palio, según la costumbre de sus predecesores; y a Anscario, allí presente, lo nombró legado entre todos los pueblos circunvecinos de los suecos y de los daneses, y también de los eslavos y de las demás naciones establecidas en las regiones del Norte, junto con Ebón, arzobispo de Reims, que antes había recibido esa misma legación; y ante el cuerpo y la confesión del santo apóstol Pedro le dio autoridad pública para evangelizar; y para que nada de esto quedara en adelante sin efecto, hirió con la espada del anatema a todo el que resistiera o contradijera, o de cualquier modo pusiera asechanzas a estos santos empeños del piadosísimo emperador, y condenó al culpable a castigo perpetuo con la suerte del diablo. Ahora bien, como dijimos, esa misma legación había sido encomendada antes, por autoridad del papa Pascual, a Ebón, arzobispo de Reims. Pues él,

inspirado (según creemos) por el Espíritu divino, ardía en deseo ferventísimo por la vocación de los gentiles, y sobre todo de los daneses, a quienes había visto con frecuencia en el palacio y le dolía verlos engañados por el error diabólico; y por el nombre de Cristo deseaba entregarse a sí mismo y todas sus cosas por la salvación de los pueblos. El señor emperador le había dado también un lugar más allá del Elba llamado Welanao, para que, siempre que fuera a aquellas regiones, tuviera allí un lugar donde residir. Muchas veces, pues, vino a ese lugar, y para ganar almas gastó mucho en las regiones del Norte, y unió a muchísimos a la religión de los cristianos y los afianzó en la fe católica.

21. RECIBE COMO AUXILIAR AL OBISPO GAUZBERTO, Y A OTROS DE LA ANTIGUA CORBIE.

Después de la ordenación de nuestro señor y Padre Anscario antes referida, les pareció, tratando entre sí de aquella legación, que era necesario ordenarle un auxiliar que desempeñara en las regiones de los suecos el oficio del ministerio episcopal: porque en una región situada tan lejos debía haber un obispo presente, y él solo apenas bastaba para ambos lugares. Con el consentimiento y la voluntad del emperador, el venerable Ebón envió, pues, a las regiones de los suecos a un pariente suyo llamado Gauzberto, elegido para esta obra y distinguido con la dignidad episcopal; le dio con abundancia ornamentos para el ministerio de la Iglesia y los recursos necesarios,

tanto de lo suyo como de la donación real, y, como quien antes había recibido allí por autoridad apostólica el oficio de predicar, lo constituyó legado entre los pueblos de los suecos como en su lugar. A él también el clementísimo emperador, por sugerencia del mismo venerable obispo Ebón, entregó después la celda que este había construido en el lugar llamado Welanao, como lugar de descanso, para que sirviera al ministerio de su oficio con perpetua estabilidad. Así pues, Gauzberto, a quien los que lo consagraron llamaron Simón en honor del nombre del apóstol, al llegar a las regiones de los suecos fue recibido con honor por el rey y por el pueblo, y comenzó, con la benevolencia y el acuerdo de todos, a construir allí una iglesia y a predicar públicamente el Evangelio de la fe; y había gozo de salvación entre los cristianos que allí vivían, y de día en día aumentaba el número de los creyentes. Entretanto, también nuestro señor y pastor cumplía con empeño su oficio en la diócesis que se le había encomendado y en las regiones de los daneses, y con el ejemplo de su buena vida atraía a muchos a la gracia de la fe. Comenzó también a comprar algunos niños de los pueblos danés y eslavo, y a rescatar a otros del cautiverio, para educarlos para el servicio de Dios. A algunos de ellos los puso en la celda de Torhout para que fueran criados; y estuvieron con él aquí santos Padres y maestros nuestros de vuestra comunidad, por cuya doctrina y enseñanza creció felizmente entre nosotros la fama de la religión divina.

22. DEVASTADA HAMBURGO POR LOS PIRATAS, ANSCARIO SOPORTA CON PACIENCIA LA PÉRDIDA DE TODO.

Pero mientras esto se hacía en ambas regiones de manera laudable y digna de Dios, sucedió que llegaron de improviso unos piratas y rodearon con sus naves la ciudad de Hamburgo. Como esto ocurrió de manera inesperada y repentina, no hubo tiempo de reunir a la gente del territorio, pues también el conde que entonces tenía el gobierno de aquel lugar, el ilustrísimo varón Bernario, se hallaba ausente; el señor obispo, que estaba allí con los que se encontraban en la ciudad o vivían en el arrabal, quiso al principio, al saber de su llegada, mantener el lugar hasta que llegara mayor auxilio; pero, presionando los paganos y estando ya sitiada la ciudad, al ver que no se les podía resistir, dispuso cómo se llevarían las prendas de las santas reliquias. Y así, dispersos en la huida sus clérigos de aquí para allá, él mismo escapó a duras penas, incluso sin su capa. También la gente, saliendo de aquel lugar y vagando de un lado a otro, muchos huyeron, algunos fueron capturados y muchísimos también muertos. Por fin los enemigos, saqueada la ciudad y despojado todo lo que había en ella y en el poblado vecino, como habían llegado al atardecer, se quedaron allí aquella noche con el día y la noche siguientes; y así, incendiado y saqueado todo, se marcharon. Allí fue incendiada la iglesia, construida con admirable trabajo bajo la dirección del señor obispo, junto con los claustros del monasterio, maravillosamente dispuestos. Allí pereció en el fuego,

junto con muchos otros libros, la biblioteca, escrita con gran esmero, que el serenísimo emperador había donado a nuestro Padre; y así todo lo que tenía allí, ya en ornamentos del ministerio eclesiástico, ya en otros tesoros y bienes, fue arrebatado por el asalto enemigo, por saqueo o por fuego, de modo que lo dejaron como desnudo. Pues casi nada se había sacado antes de allí, ni tampoco entonces se salvó cosa alguna, salvo lo que cada uno, al huir, pudo quizá llevarse consigo tomado al azar. Por todo esto nuestro señor y santísimo Padre de ningún modo se turbaba en su ánimo ni pecó con sus labios; sino que, habiendo perdido como en un momento casi todo lo que desde el comienzo de su episcopado había podido reunir o emplear en la construcción de edificios, repetía con frecuencia aquellas palabras del bienaventurado Job: El Señor lo dio, el Señor lo quitó; como al Señor le plugo, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor (Job 1,21).

23. GAUZBERTO ES HOSTIGADO POR LOS SUECOS; NITARDO ES ASESINADO.

Sucedidas así estas cosas, mientras el señor obispo y los suyos estaban en muchas tribulaciones y calamidades, y los hermanos de su congregación, recorriendo diversos lugares con las santísimas reliquias, andaban errantes de aquí para allá sin asentarse tranquilos en ninguna parte, prevaleciendo la maquinación del inicuo sucedió también, por instigación diabólica, que el pueblo de los suecos, encendido en el ardor de su celo, comenzó a perseguir con asechanzas al obispo

Gauzberto; y sucedió que una parte del pueblo, de común acuerdo, irrumpió para saquearla en la casa en que vivía, y mató a espada a su sobrino, llamado Nitardo, y, herido en odio al nombre cristiano, lo hizo (según creemos) mártir de Dios. A él mismo, con los demás compañeros que estaban con él, los ataron, y, robando todo lo que pudieron encontrar en su poder, los expulsaron de sus fronteras cubiertos de afrentas y ultrajes; esto, sin embargo, no se hizo por orden del rey, sino solo por una conspiración del pueblo. Pero la clemencia de la divina majestad de ningún modo permitió que esto quedara impune: casi todos los que intervinieron fueron castigados en poco tiempo, aunque de diverso modo; de ellos podrían decirse muchas cosas, pero, para no causar fastidio a los lectores, hemos querido mencionar solo a uno, para que por su perdición quede claro con qué castigo fueron escarmentados los demás.

24. LOS SUECOS SON CASTIGADOS.

Había en aquella tierra un hombre poderoso cuyo hijo había estado en esa conspiración con los demás, y llevó a casa de su padre lo que le había tocado de los despojos tomados allí. Después de esto comenzó a menguar su hacienda, y a perecer su ganado y su servidumbre; también el mismo hijo murió herido por la venganza divina; y su mujer, con un hijo y una hija, murió no mucho tiempo después. Al verse privado de todos sus bienes, excepto de un hijo pequeño, el desdichado comenzó a temer la ira de los dioses, y pensó en su interior que padecía todo esto

por haber ofendido a algún dios. Por esta razón, como es costumbre allí, acudió a un adivino, pidiéndole que le indicara qué dios tenía ofendido y cómo debía aplacarlo. Él, realizando lo que solía observar en semejante culto, le dijo que todos sus dioses le eran propicios, pero que el Dios de los cristianos le era del todo hostil: «Cristo —dijo — te tiene así perdido; y como en tu casa queda guardada alguna de las cosas que le estaban consagradas, por eso han venido sobre ti todos estos males que has padecido; y no podrás librarte de ellos mientras eso permanezca en tu casa». Al oír esto, pensando con inquietud qué podría ser aquello, se acordó de que su hijo había traído a su casa un libro de aquellos despojos. Herido por ello de gran espanto, y como entonces no había allí ningún sacerdote, sin saber en absoluto qué hacer con aquel libro, de ningún modo se atrevió a retenerlo consigo por más tiempo. Por fin, hallando con dificultad una solución, lo llevó a la vista de la gente que vivía en aquella aldea y contó lo que había padecido. Y como todos dijeran que no sabían qué aconsejar en este asunto, y temieran recibir o tener algo semejante en su casa, él, espantado de retenerlo más tiempo consigo, lo envolvió decorosamente y lo ató a un seto, anunciando que quien quisiera lo tomara de allí; y prometió al Señor Jesucristo una satisfacción voluntaria por la culpa cometida. Un cristiano tomó de allí aquel libro y lo llevó a su casa, y de su boca supimos también estas cosas; él llegó después a ser hombre de gran fe y devoción, de modo que más tarde, entre nosotros, aprendió de

memoria los salmos sin saber leer. De este modo, pues, también los demás fueron castigados, ya con la muerte, ya con la peste y la pérdida de sus bienes; y quedó claro para todos que quienes habían osado tratar de manera infame y despojar al santo obispo de Dios y a los suyos habían sentido la gravísima venganza de nuestro Señor Jesucristo.

25. AL CABO DE SIETE AÑOS ANSCARIO LES ENVÍA A ARDGARIO.

Después de esto aquel lugar estuvo casi siete años sin presencia de sacerdote; por lo cual nuestro señor y pastor Anscario, angustiado con gran pesar y no soportando que pereciera la fe de la religión cristiana allí comenzada, y compadeciéndose sobre todo de su hijo Herigario, a quien antes mencionamos, envió a aquellas regiones a un anacoreta llamado Ardgario, y le mandó que se uniera especialmente a él. Al llegar allí fue recibido con solicitud por el mismo Herigario, y su presencia causó gran gozo a los cristianos que allí había. Y comenzaron, como lo habían hecho al principio, a buscar con devoción las cosas de Dios y a guardar de buen grado el rito del cristianismo. Y ningún incrédulo se atrevía a resistir a su predicación, porque recordaban con ánimo temeroso con qué castigo habían sido escarmentados los que habían expulsado de allí a los siervos de Dios. Y por sugerencia de Herigario, por mandato y licencia del rey que entonces reinaba, comenzó a celebrar públicamente los misterios de Dios. Este fidelísimo varón Herigario, en el tiempo en

que faltaba allí la presencia de sacerdote, soportó muchos ultrajes de los infieles; pero, por don de la gracia divina, a petición suya la verdadera fe fue proclamada con señales celestiales. De ellas, como prometimos, hemos querido insertar aquí algunas, para que se manifieste el ánimo invicto de su fe.

26. HERIGARIO, QUE TAMBIÉN PADECIÓ MUCHO, OBRA MILAGROS.

Una vez estaba sentado en una asamblea, habiéndose dispuesto en el campo un toldo para la reunión; y allí, como entre otras conversaciones ellos alabaran a sus dioses, por cuyo favor les venían muchas prosperidades, y le echaran en cara que él solo, apartándose de la comunión de todos, se extraviaba en una fe vana, él, ferviente de espíritu como era, dicen que respondió: «Si hay tanta duda sobre la majestad divina, que sin embargo de ningún modo debería ser dudosa, probemos con milagros quién tiene mayor poder: vuestros muchos que llamáis dioses, o mi único Señor omnipotente Jesucristo. Mirad, llega el tiempo de la lluvia (pues entonces amenazaba lluvia): invocad vosotros los nombres de vuestros dioses para que la lluvia no caiga sobre vosotros, y yo invocaré a mi Señor Jesucristo para que ni una gota de lluvia me toque; y el que en esto escuche a quienes lo invocan, ese sea Dios». Hecho entre ellos este acuerdo, sentándose todos ellos a un lado y él con un muchacho al otro, cada uno de ellos comenzó a invocar a su dios, y él invocaba al Señor Jesucristo. Y cayó del cielo una lluvia in-

mensa que los empapó a todos de tal manera que parecían haber sido arrojados vestidos a un río; incluso las hojas de las ramas del cobertizo hecho allí, cayendo sobre ellos, mostraban que estaban abrumados por el poder divino; pero sobre él y el muchacho que estaba con él no cayó ni una gota de lluvia. Hecho esto, confundidos y admirados ellos, dijo: «Ya veis quién es Dios: no me apartéis, desdichados, de su culto; antes bien, avergonzaos de vuestros errores y aprended el camino de la verdad».

27. OTROS MILAGROS DEL MISMO.

En otra ocasión sucedió que sufría un dolor tan grande en la pierna que de ningún modo podía moverse del lugar en que estaba si no lo llevaban. Como sufría esta molestia desde hacía tiempo, muchos comenzaron a venir a visitarlo; y unos lo exhortaban a sacrificar a los dioses por su salud; otros lo hostigaban con reproches, diciendo que estaba sin dios y que por eso le faltaba la salud. Como esto se repetía con frecuencia y él resistía con firmeza a sus malas sugestiones, al fin, no soportando su calumnia, respondió que de ningún modo quería pedir ayuda a vanos simulacros, sino a su Señor Jesucristo, que podía, si quería, sanarlo en un momento de su enfermedad. Y llamando al punto a sus criados, les mandó que lo llevaran a su iglesia; puesto allí ante todos los presentes, derramó súplicas al Señor, diciendo: «Señor mío Jesucristo, para que sepan estos desdichados que tú solo eres Dios y no hay otro fuera de ti, concédeme a mí, tu siervo, en esta

hora la antigua salud del cuerpo, para que tus enemigos, viendo tus maravillas, se avergüencen de sus errores y se conviertan al conocimiento de tu nombre. Haz, te ruego, lo que te pido, por tu santo nombre, que es bendito por los siglos; que no queden confundidos los que confían en ti, Señor». Después de estas palabras, curado por la gracia divina, quedó al instante completamente sano, y, saliendo por su propio pie de la iglesia, daba gracias a Dios por su salud, y, fortaleciéndose en la fe de Cristo, confundía cada vez más a los incrédulos.

28. EL REY ANUND ATACA CON LOS DANESES A LOS DE BIRKA.

Por el mismo tiempo sucedió que un rey de los suecos llamado Anund, expulsado de su reino, vivía desterrado entre los daneses. Deseando recobrar los confines de lo que fue su reino, comenzó a pedirles ayuda, prometiéndoles que, si lo seguían, podrían obtener muchas riquezas. Pues les ponía delante la población llamada Birka, porque allí había muchos mercaderes ricos, y abundancia de todo bien, y mucho dinero en tesoros. A esa población prometía conducirlos, donde, sin daño de su ejército, obtendrían gran provecho para sus necesidades. Ellos, pues, atraídos por las riquezas prometidas y ávidos de adquirir tesoros, llenaron en su ayuda veintiuna naves de hombres dispuestos para el combate, y las enviaron con él. Él, por su parte, tenía once naves de los suyos. Saliendo, pues, de tierra de daneses, llegaron inesperadamente a dicha población; y sucedió que su rey

se hallaba entonces lejos de allí, y los príncipes y la multitud del pueblo no podían reunirse. Solo estaba presente Herigario, prefecto de aquel lugar, con los mercaderes y la gente que allí vivía. Puestos, pues, en gran aprieto, se refugiaron en la fortaleza que estaba cerca; y comenzaron a prometer y ofrecer votos y sacrificios a sus dioses, o más bien a los demonios, para salvarse con su ayuda en tal peligro. Pero como aquella fortaleza no era muy firme y ellos eran pocos para resistir, les enviaron legados pidiendo la diestra y un pacto. El rey les mandó decir que pagaran cien libras de plata por el rescate de aquella población, y así tendrían paz. Ellos la enviaron en seguida, como pedía, y el rey la recibió.

29. HERIGARIO HACE QUE LOS DE BIRKA INVOQUEN A CRISTO.

Pero los daneses, llevando a mal semejante acuerdo, porque no se había hecho como ellos habían dispuesto, comenzaron a querer caer de improviso sobre ellos, saquear por completo aquel lugar e incendiarlo, diciendo que cualquier mercader de allí tenía más de lo que a ellos se les había ofrecido, y que de ningún modo podían soportar semejante engaño. Mientras trataban esto entre sí y se preparaban para saquear la fortaleza en que aquellos se habían refugiado, también esto llegó a conocimiento de los refugiados. Reunidos, pues, de nuevo, como no tenían fuerza alguna para resistir ni esperanza de refugio, se exhortaban unos a otros a ofrecer a sus dioses mayores votos y sacrificios. Indignado

contra ellos, Herigario, el fiel del Señor, dijo: «Malditos sean por nuestro Dios vuestros votos y sacrificios, junto con vuestros ídolos. ¿Hasta cuándo queréis servir a los demonios y reduciros a la pobreza para vuestra ruina con votos vanos? Mirad, habéis ofrecido mucho y prometido más, y además habéis dado cien libras de plata: ¿de qué os ha servido? Mirad, vienen a saquear todo lo que tenéis; se llevarán cautivos a vuestras mujeres y a vuestros hijos, incendiarán la fortaleza y la población, y vosotros pereceréis a espada. ¿De qué os sirven, pues, vuestros ídolos?». Ante estas palabras, todos los que estaban allí, aterrados y sin saber qué hacer, respondieron a una: «Nuestra salvación y nuestro consejo queden a tu juicio; y todo lo que nos sugieras lo haremos sin dudar». Él les dijo: «Si queréis hacer votos, prometed y cumplid vuestros votos al Dios omnipotente, que reina en los cielos y a quien yo sirvo con conciencia pura y fe recta. Él es el Señor de todos; en su voluntad están puestas todas las cosas, y no hay quien pueda resistir a su dominio. Si, pues, pedís su ayuda de todo corazón, sentiréis que su omnipotencia no os faltará». Tomado, pues, su consejo, salieron entonces unánimes y de buen grado al campo, como era costumbre allí, y prometieron con voto a Cristo el Señor ayuno y limosnas por su liberación.

30. HECHO ESTO, SON LIBRADOS DEL ATAQUE DE LOS ENEMIGOS.

Entretanto, el rey comenzó a tratar con los daneses que averiguaran por suertes si era voluntad

de los dioses que aquel lugar fuera devastado por ellos. «Hay allí —dijo— muchos dioses poderosos; allí también se construyó en otro tiempo una iglesia, y muchos cristianos practican allí el culto de Cristo, que es el más fuerte de los dioses y puede auxiliar como quiere a los que esperan en él. Es necesario, pues, averiguar si sois movidos a esto por voluntad divina». Ellos de ningún modo pudieron negarse, porque tal era su costumbre. Se consultaron, pues, las suertes, y resultó que de ningún modo podrían llevarlo a cabo con buena fortuna, y que aquel lugar no les había sido concedido por Dios para saquearlo. De nuevo se preguntó adónde debían ir para conseguir dinero, a fin de no volver a sus casas vacíos, defraudados en una vana esperanza. Cayó la suerte de que debían ir a una ciudad situada lejos de allí, en el territorio de los eslavos. Creyendo, pues, los daneses que esto les había sido mandado por los dioses, se retiraron de aquel lugar; se dirigieron a esa ciudad por el camino directo, y, cayendo sobre sus habitantes, que vivían tranquilos y seguros, tomaron por las armas aquella ciudad de improviso, y, apoderándose en ella de muchos despojos y tesoros, volvieron a sus tierras. Y aquel rey que había venido a saquearlos, firmando la paz con ellos, les devolvió la plata que había recibido de ellos, y se quedó algún tiempo entre ellos, queriendo reconciliarse con su pueblo. Y así la gracia del Señor, por la fe de su siervo Herigario, librando al pueblo de aquel lugar del ataque de los enemigos, lo restituyó a sus bienes.

31. HERIGARIO EXHORTA A LOS HABITANTES A CREER EN CRISTO; DESPUÉS MUERE PIADOSAMENTE.

Hecho esto, él mismo expuso el asunto en una asamblea pública y les exhortó a considerar con más atención quién era Dios, diciendo: «¡Ay, desdichados, entended al menos ahora que es vano pedir ayuda a los demonios, que no pueden socorrer en las tribulaciones! Recibid la fe de mi Señor Jesucristo, de quien habéis comprobado que es el Dios verdadero, que os concedió el auxilio de su misericordia cuando no teníais ningún refugio. No busquéis más un culto supersticioso, ni aplaquéis a los ídolos con sacrificios vanos. Adorad al Dios verdadero, que domina sobre todo lo que hay en los cielos y en la tierra, y someteos a él; adorad su omnipotencia». Después de esto, tanto más animoso cuanto más robustecido en la fe por los frecuentes beneficios del Señor, públicamente, dondequiera que estaba, en parte con júbilo, anunciaba a todos el poder del Señor y la gracia de la fe. Y así sostuvo el buen combate hasta el fin de su vida; y concluida la carrera de las buenas obras, agravándose su dolencia, asistido por el sacerdote Ardgario, encomendado a la clemencia divina y recibida la sagrada comunión, murió felizmente en Cristo. De la constancia de su fe podrían decirse todavía muchas cosas; pero como hemos procurado la brevedad, basten estas.

32. FRIDEBURGA, CONSTANTE EN LA FE, HACE GUARDAR VINO PARA SU VIÁTICO.

En aquellos tiempos hubo también entre ellos una matrona muy piadosa, a quien ninguna perversidad de los malvados pudo jamás apartar de la rectitud de su fe. Con frecuencia, cuando se hallaba en alguna necesidad, se le sugería que sacrificara a los ídolos según su costumbre; pero ella, inmóvil, no abandonaba los deberes de su fe, diciendo que era vano buscar ayuda en simulacros mudos y sordos, y que le parecía abominable volverse de nuevo a aquello a lo que había renunciado en el bautismo y faltar a la promesa que había hecho a Cristo. «Porque si es malo —decía — mentir a los hombres, ¿cuánto más a Dios? Y si es bueno mantener la palabra entre los hombres, ¿cuánto más quien recibe la fe del Señor no debe de ningún modo apartarse de ella? Mi Señor Jesucristo —decía— es omnipotente. Si persevero en su fe, él podrá darme la salud y todo lo que necesite». Esta piadosa mujer, llamada Frideburga, digna de alabanza por la bondad de su vida y la constancia de su fe, prolongó los días de su vida hasta la vejez. Acercándose ya el día de su muerte, y no habiendo entonces allí ningún sacerdote desde la partida del señor Simón, ella, por amor al sacrificio, que había oído que era el viático de los cristianos, hizo guardar un poco de vino en una vasija, y encargó a su hija, por la fe que le debía, que, cuando le llegara la hora postrera, le vertiera gota a gota en la boca de aquel vino, ya que no tenía el sacrificio, para encomendar así, al menos, su tránsito a la gracia del Señor. Aquel vino se conservó en su casa casi tres años; y así sucedió que llegó allí el sacerdote Ardgario. Mientras él

estuvo allí, ella, en cuanto tuvo fuerzas, ejercitó la devoción de su religión, buscando en él con diligencia la solemnidad de la misa y los consejos saludables. Entretanto, sorprendida por la enfermedad, comenzó a debilitarse; preocupada por su muerte, hizo llamar al presbítero, y, recibido de su mano el deseado viático, partió felizmente al Señor.

33. MANDA QUE SUS BIENES SE REPARTAN A LOS POBRES. AL CUMPLIRLO SU HIJA, EL DINERO NO DISMINUYE.

Ella, siempre dada a la limosna, porque era rica en bienes del siglo, había encargado a su hija, llamada Catla, que, después de su partida de esta luz, repartiera a los pobres todo lo que le pertenecía. «Y como aquí se encuentran pocos pobres —le dijo—, después de mi muerte, en cuanto se te presente la ocasión, vende todo lo que no se haya repartido aquí, toma contigo la plata y ve a Dorestad; allí hay muchísimas iglesias, sacerdotes y clérigos, allí hay multitud de necesitados. Cuando llegues, busca fieles que te enseñen cómo repartirlo, y distribúyelo todo por el bien de mi alma». Después de la muerte de su madre, la hija cumplió con diligencia lo que su madre le había mandado; y, emprendiendo el viaje, llegó a Dorestad y buscó allí mujeres piadosas que recorrieran con ella los lugares santos y le indicaran qué debía dar a cada uno. Un día, cuando recorrían los lugares santos para repartir, y ya se había distribuido la mitad, dijo a sus compañeras: «Ahora estamos cansadas; mejor es comprar

un poco de vino para reponernos, y así terminaremos después lo comenzado». Dados, pues, para ello cuatro denarios, y repuestas las fuerzas, terminaron lo que habían comenzado; concluido esto, ella, volviendo a su hospedaje, dejó en un lugar vacía la bolsa en que había estado la plata; pero, por don de lo alto, volviendo a ese mismo lugar, la encontró llena como antes estaba. Asombrada por tan gran milagro, llamó a las mujeres que antes habían ido con ella y les mostró lo que le había sucedido; y, contando delante de ellas lo que había dentro, encontró tanto como había llevado allí, excepto los cuatro denarios. Siguiendo su consejo, fue a los sacerdotes que allí parecían más dignos de crédito y les dio a conocer el milagro. Ellos, alabando la gracia de Dios por tan gran bondad, le explicaron que el Señor había recompensado así su trabajo y su buena intención. «Porque —le dijeron— has sido obediente a tu madre, has guardado intacta tu fidelidad hacia ella y has cumplido con diligencia sus limosnas, el Señor, que recompensa todo bien, te ha concedido esto como socorro en tu necesidad; él basta para todos y de nadie necesita; él recompensará en el reino celestial todo lo que se haya repartido en su nombre. Para que de ningún modo dudaras de que es así, y para que no te arrepintieras de haber repartido los bienes entregados, Dios se ha dignado darte certeza con este milagro. Por esta señal cree firmemente que tu madre está a salvo con el Señor; y, advertida por este milagro, no temas tampoco tú dar lo tuyo por Cristo».

34. ARDGARIO VUELVE DE SUECIA A SU SOLEDAD.

Así pues, después de la muerte de Herigario, el sacerdote de Dios Ardgario, por amor a la vida solitaria que antes había llevado, salió de aquellas regiones y volvió a su lugar; y así los cristianos que allí vivían quedaron de nuevo privados de la presencia de un sacerdote. Por lo cual quedó de manifiesto con señal evidente que el anacoreta Ardgario había sido enviado a aquellas regiones para fortalecer la fe de Herigario y de la matrona antes mencionada, y asimismo para encomendar su tránsito a la clemencia divina, y para que recibieran lo que fielmente habían deseado, es decir, el misterio de la sagrada comunión, como último viático.

35. MUERTO LUIS EL PIADOSO, ANSCARIO QUEDA PRIVADO DE LO NECESARIO. LO ABANDONAN SUS COMPAÑEROS.

Pero en el tiempo de lo antes referido, sucedió que el serenísimo emperador Luis, de buena memoria, por disposición del juicio divino, partió de la vida presente. Tras su muerte, como hubo gran perturbación por la división del reino, también la misión de nuestro pastor comenzó por un tiempo a tambalearse. Pues, como la celda de Torhout había correspondido al venerable rey Carlos, él la apartó del servicio que su padre había dispuesto y se la dio a Reginario, bien conocido de vosotros. Y como por esto fue amonestado con frecuencia por sus gloriosísimos hermanos los reyes, y también

por muchos otros, y él de ningún modo accedía a su petición, nuestro Padre comenzó entonces a verse agobiado por necesidades y carencias. Por eso sucedió que también vuestros hermanos que entonces estaban aquí con él volvieron a vuestra comunidad, y muchos otros también lo abandonaron a causa de la pobreza. Él solo, con los pocos que habían permanecido con él, se las arreglaba como podía; y aunque vivía en pobreza, de ningún modo quiso abandonar el oficio que se le había encomendado.

36. POR GESTIÓN DE LUIS, REY DE GERMANIA, RECIBE EL OBISPADO DE BREMEN, CON LA APROBACIÓN DE UN CONCILIO.

Y el Señor, viendo su humildad y la fortaleza de su paciencia, como el corazón del rey está en la mano del Señor (Prov 21,1), movió el ánimo de nuestro clementísimo señor y soberano, el rey Luis, que después de su padre tomó el gobierno de este reino, a buscar cómo podría proporcionarle medios de subsistencia, para que pudiera cumplir el mandato de su misión. Y como no tenía en esta provincia ninguna celda adecuada para esta misión, y había allí cerca el obispado de la Iglesia de Bremen, entonces privado de pastor, dispuso dárselo a él. Por eso comenzó a tratar en asamblea pública con los obispos y sus demás fieles si le era lícito hacer esto según la autoridad canónica. Porque nuestro señor y pastor, temiendo de algún modo que esto fuera peligroso para él, y previendo con cautela que nadie le reprochara la mancha de la codicia, no asentía fácilmente a

esta disposición. Por orden del rey, pues, este mismo asunto se discutió en un concilio de obispos. Ellos probaron con muchos ejemplos anteriores que bien podía hacerse que, siendo muy pequeña la diócesis para la que había sido ordenado (pues no tenía más que cuatro iglesias bautismales), y habiendo sido ya devastada muchas veces por las incursiones de los bárbaros, se le uniera esta como sostén.

37. DEVUELTA AL OBISPO DE VERDEN UNA PARTE DE LA DIÓCESIS, ÉL CONSERVA LA SEDE DE HAMBURGO.

Pero para que el obispo de Verden no tuviera ningún escrúpulo de que Anscario retuviera también, junto con toda la diócesis de Bremen, la parte tomada de su obispado más allá del Elba, establecieron que se restituyeran los obispados de Bremen y de Verden tal como habían estado al principio en tiempo del señor Luis, y que él tuviera el de Bremen, del que se había tomado la mayor parte de su diócesis, y que entonces estaba además privado de la presencia de un pastor. Establecido así este decreto por los obispos, él, por orden del rey, tomó el gobierno de la diócesis de Bremen. Y la parte de la diócesis que, más allá del Elba, debía pertenecerle, la recibió Waldgario, entonces obispo de Verden. Cuando esto llevaba así algún tiempo, se volvió a examinar el asunto con más cuidado en otro concilio de obispos, y les pareció que no era bueno que la sede para la que él había sido ordenado la tuviera otro obispo (pues Hamburgo había correspondido entonces

a Waldgario); decían que estaba ciertamente en poder del rey aumentar una diócesis pequeña y muy devastada, pero que un lugar confirmado en la dignidad episcopal por autoridad apostólica de ningún modo debía cambiarse. De común acuerdo, pues, con la voluntad del piadosísimo rey Luis, los obispos allí reunidos decidieron que nuestro Padre Anscario recibiera la sede para la que había sido consagrado; y que, si retenía algo de la diócesis de Verden más allá del Elba, lo restituyera al obispo de aquella sede con territorio de la Iglesia de Bremen. Así se llevó a cabo por mandato real y por decreto sinodal de los obispos, con la voluntad y el asentimiento del mismo Waldgario, obispo de Verden.

38. EL OBISPO DE COLONIA DESAPRUEBA AL PRINCIPIO ESTA UNIÓN.

Ahora bien, mientras esto se hacía, la ciudad de Colonia, de la que la diócesis de Bremen era sufragánea, estaba entonces sin bendición episcopal; y como esto se prolongó mucho tiempo, fue necesario decidir aquello sin la presencia del obispo de ese lugar. Después, sin embargo, cuando fue consagrado para aquella sede el venerable obispo Guntario, nuestro señor y Padre procuró proponerle este mismo asunto, para que fuera confirmado también con su autoridad; pero él se mostró muy contrario. Por esta causa, más tarde, estando en la ciudad de Worms dos reyes, a saber, Luis y Lotario, se expuso este mismo asunto ante una gran concurrencia de obispos de ambos reinos, en presencia de nuestro venerable

Padre. Y como todos aprobaran que había sido bien ordenado así, todos pidieron que también el obispo Guntario lo confirmara con su autoridad. Él al principio comenzó a oponerse con fuerza, mostrando de muchos modos que no era justo que una sede sufragánea se convirtiera en sede arzobispal, ni que él debiera disminuir en nada el honor de su sede; pero al fin, como los mismos reyes y todos los obispos allí reunidos se lo pedían, diciendo que por causa de necesidad sería del todo lícito, respondió que, si se confirmaba por autoridad apostólica, también por su parte sería válido.

39. ENVIADOS LEGADOS A ROMA, NICOLÁS I RATIFICA ESTA UNIÓN. SE CONCEDE A ANSCARIO LA LEGACIÓN DE LAS REGIONES DEL NORTE.

Recibida esta respuesta, y habiendo consentido también en lo mismo todos sus sufragáneos, el piadosísimo rey Luis, deseando aumentar en todo la limosna de su padre y que lo que él mismo había dispuesto quedara firme en todos sus puntos, envió con este fin a la Sede Apostólica al reverendísimo Salomón, obispo de la ciudad de Constanza; con él nuestro señor y Padre Anscario, como no podía ir en persona, envió a su hijo, nuestro hermano Nordfrido, presbítero. Recibidos con suma cortesía por el santo papa Nicolás, le expusieron clara y nítidamente el encargo de su embajada. Él, considerando con prudencia y solicitud lo que le decían, y juzgando por inspiración de Dios que esta disposición era justa para

ganar las almas de los gentiles, confirmó con su autoridad la voluntad de nuestro rey. Por último, para poder mostrar con más claridad el asunto tal como él lo elaboró con diligencia, hemos decidido intercalar sus propias palabras. Pues, después de recapitular plena y brevemente la causa de su legación y lo demás antes referido, añadió: «El documento de esta delegación, de su autoridad y de la recepción del palio, sellado con bula según la costumbre de la santa Iglesia romana, nos ha sido enviado por nuestro hijo Luis por medio del santísimo obispo Salomón. Por el tenor de ese documento hemos comprobado que las cosas fueron tal como la piedad de dicho rey nos lo ha hecho saber por medio de un varón fiel, a saber, el obispo Salomón. Por lo cual, siguiendo las huellas de tan gran pontífice, nuestro predecesor Gregorio, y reconociendo toda la disposición allí establecida como digna de Dios, hemos decidido confirmar el deseo de grandes príncipes, a saber, de Luis, augusto de divina memoria, y de su hijo del mismo nombre, el excelentísimo rey, tanto con el precepto de esta autoridad apostólica como con la entrega del palio, según la costumbre de nuestros predecesores: para que, fundado en tan gran autoridad, el mencionado Anscario, primer arzobispo de los nordalbingios, y después de él sus sucesores, dedicados a ganar a los pueblos, se mantengan más firmes contra las tentaciones del diablo. Al mismo hijo nuestro Anscario, como legado entre todos los pueblos circunvecinos de los suecos y de los daneses, y también de los eslavos, y entre los demás establecidos en aque-

llas regiones dondequiera que la bondad divina abra una puerta, le concedemos autoridad pública para evangelizar; y decretamos que la misma sede de los nordalbingios, llamada Hamburgo, consagrada en honor del Santo Salvador y de su santa e inmaculada Madre María, sea en adelante arzobispal. Y establecemos, bajo la conminación del juicio divino, que después de la muerte del tantas veces nombrado arzobispo Anscario se elija siempre para sucederle a una persona apta para tan gran oficio, un obispo predicador esforzado. Pero como el rey Carlos, hermano del tantas veces dicho rey Luis, después de la muerte de su padre, el emperador Luis de piadosa memoria, quitó al mencionado lugar llamado Hamburgo el monasterio llamado Torhout, situado en la Francia occidental, por parecer que, tras la partición entre los hermanos, quedaba dentro de su reino (el monasterio que su padre había dado al obispo y a sus clérigos para su sustento y mantenimiento), comenzaron, según se dice, a retirarse todos los ministros del altar: pues, faltándoles los recursos necesarios, se retiraron de aquellos pueblos, y por este hecho la legación a los gentiles decayó; y la misma metrópoli de Hamburgo quedó casi desierta. Mientras esto sucedía, murió el obispo de la diócesis de Bremen, que, según se dice, es contigua a esta. Y como el tantas veces dicho rey viera que esta diócesis estaba vacante y que aquella nueva fundación desfallecía, y además que ambas Iglesias, por permisión del oculto juicio de Dios, estaban muy debilitadas por la crueldad de los bárbaros, comenzó a buscar cómo la men-

cionada Iglesia de Bremen se uniera y sometiera a la nueva sede arzobispal, confirmando nuestro decreto este deseo. Por lo cual, por medio del tantas veces nombrado venerable enviado, a saber, Salomón, obispo de la ciudad de Constanza, se nos ha presentado esto para que lo confirmemos, y se nos ha pedido que lo refrendemos con nuestra autoridad. Nosotros, pues, ponderándolo con examen minucioso, advertimos que será útil por la necesidad apremiante y por la ganancia de almas manifestada entre los gentiles. Porque no dudamos de que todo lo que se demuestra provechoso para la Iglesia y no contradice los preceptos divinos es lícito y debe hacerse, sobre todo en la plantación de una cristiandad tan nueva, en la que suelen sobrevenir diversos sucesos. Por lo cual, por la autoridad de Dios omnipotente y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y por este nuestro decreto, decretamos, según el deseo del reverendísimo rey Luis, que dichas diócesis, a saber, la de Hamburgo y la de Bremen, no sean en adelante dos, sino una, y así se llamen, y estén sujetas a la sede que por decreto de nuestro predecesor fue elevada a la dignidad arzobispal; restituyéndose tan solo al obispado de Verden, de los bienes de la Iglesia de Bremen, la parte que de él se había quitado. Y que ningún arzobispo de Colonia reivindique en adelante para sí potestad alguna en esa diócesis. Antes bien, a él y a todos absolutamente los que profesan la verdadera religión los exhortamos a que sean ayuda y consuelo para quienes desempeñan esta sagrada legación, para que, por la gracia de este beneficio, merez-

can recibir la plena recompensa de aquel que dijo: Id, enseñad a todas las gentes (Mt 28,19), etc.; Quien os recibe a vosotros, a mí me recibe (Mt 10,40). Así pues, todo lo que nuestro amado hijo el rey Luis ha destinado a este oficio digno de Dios, sus piadosos deseos, lo confirmamos también con nuestra autoridad. Y como los sucesos pasados nos hacen cautos para el futuro, herimos con la espada del anatema a todo el que se oponga o contradiga, o de cualquier modo ponga asechanzas a estos piadosos empeños nuestros, y condenamos al culpable a castigo perpetuo con la suerte del diablo: para que, celosos como somos de la cumbre apostólica, según la costumbre de nuestros predecesores, y de la causa de Dios, estemos más seguramente protegidos frente a los adversarios de una y otra parte».

40

Por estos decretos y disposiciones del santísimo papa Nicolás, la Iglesia de Bremen, unida e incorporada a la sede de Hamburgo, que antes había sido constituida metrópoli, se hizo arzobispal.

41. ANSCARIO, FAMILIAR DE HORIK, REY DE LOS DANESES, CONSTRUYE CON SU CONSENTIMIENTO UNA IGLESIA, Y SE CONCEDE LIBERTAD A LA RELIGIÓN CRISTIANA.

Pero como hemos hablado de esto anticipadamente, acerca del arreglo de aquella diócesis

así confirmado (pues pasó mucho tiempo desde que tomó el gobierno de aquella sede hasta que fue confirmada por la autoridad apostólica), volvamos a lo que se hizo antes. Porque, recibida la diócesis de Bremen, comenzó de nuevo a arder en lo íntimo de su espíritu, porque ya tenía qué dar, por si podía trabajar algo en las regiones de los daneses por el nombre de Cristo. Por eso visitaba con frecuencia a Horik, que entonces tenía él solo la monarquía del reino de los daneses, y procuraba ganárselo con regalos y con cuantos servicios podía, para poder ejercer con su licencia el oficio de la predicación en su reino. Algunas veces, en efecto, era enviado a él en embajada real, y llevaba a cabo con diligencia y fidelidad lo que tocaba a los pactos de paz y al provecho de ambos reinos. Por esto, conocidas la fidelidad y la bondad del santo varón, el rey Horik comenzó a venerarlo con gran afecto, a servirse de buen grado de su consejo y a tenerlo en todo por amigo íntimo, de modo que se le permitía estar presente incluso en sus consejos secretos, cuando trataba con sus consejeros los asuntos del reino. Y lo que había que establecer por pacto entre el pueblo de esta tierra, es decir, los sajones, y su reino, no quería que se confirmara sino bajo la palabra de él, diciendo que lo que él le hubiera aprobado y garantizado era para él lo más digno de confianza. Habiendo obtenido esta familiaridad, comenzó también a persuadirle a que se hiciera cristiano. Y él escuchaba con benevolencia todo lo que le daba a conocer de la Escritura divina, y lo alababa como del todo bueno y verdadera-

mente saludable, y decía que se deleitaba mucho en ello y que de buen grado quería merecer la gracia de Cristo. Después de tales deseos, el santísimo Padre comenzó a sugerirle con paciencia que concediera a Cristo el Señor este favor, que le sería gratísimo: permitir que se construyera en su reino una iglesia donde hubiera en todo tiempo un sacerdote presente, que transmitiera las semillas de la palabra divina y la gracia del bautismo a cuantos quisieran recibirlas. Él se lo concedió con el más benigno afecto, y en un puerto de su reino muy apropiado para ello y el más cercano a esta región, llamado Schleswig, adonde acudían mercaderes de todas partes, le permitió construir una iglesia, dándole un lugar donde residiera el presbítero, y concediendo a la vez licencia para que quien quisiera en su reino se hiciera cristiano.

42. POR QUÉ ALGUNOS APLAZABAN EL BAUTISMO, Y CÓMO OTROS LO RECIBIERON JUNTO CON LA SALUD DEL CUERPO.

Obtenida esta licencia, nuestro señor obispo llevó a cabo en seguida lo que largo tiempo había deseado; y, establecido allí un presbítero, la gracia de Dios comenzó a crecer con más fruto en aquel lugar. Pues había allí antes muchos cristianos que habían sido bautizados en Dorestad o en Hamburgo, algunos de los cuales eran tenidos por los principales de aquella población, y se alegraban de que se les hubiera dado la posibilidad de practicar su cristianismo. Por su ejemplo, otros muchos también, hombres y mujeres, dejando el culto supersticioso de los ídolos, se convertían a

la fe del Señor y eran bautizados. Y hubo gran gozo en aquel lugar, de modo que también los hombres de esta nación, y los mercaderes tanto de aquí como de Dorestad, acudían libremente y sin temor alguno a aquella población (lo que antes no estaba permitido), y con esta ocasión abundaba allí toda clase de bienes. Y aunque muchos de los bautizados allí sobrevivieron, una multitud innumerable de vestidos de blanco subió desde allí al reino de los cielos. Porque recibían de buen grado la señal de la cruz para hacerse catecúmenos, y así se les permitía entrar en la iglesia y asistir a los oficios sagrados; pero aplazaban la recepción del bautismo, juzgando que les convenía ser bautizados al fin de su vida, para que, purificados por el baño saludable, entraran puros e inmaculados por las puertas de la vida eterna sin demora alguna. Muchos de ellos también, retenidos por enfermedades, al ver que habían sacrificado en vano a los ídolos por su salud, y viéndose desahuciados por sus parientes, se refugiaban en la misericordia del Señor y prometían hacerse cristianos; y, llamado el sacerdote y recibida la gracia del bautismo, quedaban al instante sanos por la largueza divina. Y así creció en aquel lugar la misericordia de Dios, y una multitud se convirtió a la fe del Señor.

43. ANSCARIO, PEDIDA LA LICENCIA DE HORIK Y ANTE LA NEGATIVA DE GAUZBERTO, EMPRENDE DE NUEVO LA MISIÓN A LOS SUECOS.

Entretanto nuestro señor y Padre Anscario, compadeciéndose con profundo afecto también del pueblo de los suecos, porque entonces estaban privados de la presencia de un sacerdote, comenzó a pedir al rey Horik, que le era en todo muy familiar, que con su ayuda pudiera dirigirse a los confines de aquel reino. Él, acogiendo también esta petición con la mayor benevolencia, prometió hacerlo así en todo. Por este motivo nuestro señor obispo comenzó a tratar de este mismo asunto con el obispo Gauzberto, diciendo que era necesario probar de nuevo si acaso aquel pueblo, amonestado por Dios, consentiría que permanecieran sacerdotes entre ellos, para que la fe de Cristo comenzada en aquellas regiones no pereciera algún día por negligencia de ellos. Pero el obispo Gauzberto, llamado también Simón, respondió que, habiendo sido expulsado de allí, no se atrevía a volver a aquel lugar; y que esto no podría ser muy provechoso, sino más bien peligroso, si, recordando lo anterior, levantaban alguna perturbación contra él; que le parecía más conveniente que fuera aquel que había emprendido primero esta misión y que había sido tratado allí con suma benevolencia. Él, por su parte, enviaría con él a su sobrino, que, si se encontraba ocasión de predicar, se quedaría allí y desempeñaría entre ellos el oficio sacerdotal. Decidido esto entre ellos, se presentaron ante el clementísimo rey Luis, le expusieron el asunto y le suplicaron que con su licencia se permitiera hacerlo así. Él les preguntó si estaban de acuerdo en esta voluntad, y recibió del venerable obispo

Gauzberto esta respuesta: «En el servicio de Dios —dijo— siempre hemos estado y estamos de acuerdo, y deseamos de común acuerdo que esto se haga así». Así pues, el serenísimo rey, siempre bien dispuesto en la causa de Dios, conforme a lo convenido entre ellos, encomendó esta misión por el nombre de Cristo a nuestro piadosísimo pastor, confiándole también, como lo había hecho su padre, mensajes de su parte para el rey de los suecos.

44. UNA VISIÓN CELESTIAL LO ANIMA.

Así pues, nuestro devotísimo Padre comenzó a prepararse para este viaje, y lo impulsaba un espíritu más ferviente a cumplirlo cuanto antes. Pues creía que también esto se le había mandado desde el cielo, instruido por una visión que había tenido antes. Le pareció, en efecto, que estaba muy preocupado por este viaje, y que llegaba a un lugar donde había una gran construcción de edificios y diversas moradas; allí le salió al encuentro alguien que le habló, diciendo: «No te entristezcas sobremanera por el viaje que te inquieta y por lo que hay en tu corazón: porque aquí hay un profeta que te dará certeza sobre todo ello; y para que no quede en tu mente duda alguna sobre esto, te diré quién es ese profeta. Un abad ilustrísimo, Adalardo: él es ahora el profeta enviado a ti por el Señor, que te anunciará lo que ha de suceder». Al oír esto, se alegró en su ánimo, y le pareció responderle: «Señor, ¿dónde lo encontraré?». Y él dijo: «Lo encontrarás con trabajo, y no te es lícito decírselo a nadie». Entonces le pareció que

recorría en derredor aquella morada buscándolo, y pensaba en su interior. «Si —se decía—, sin que yo le pregunte, me anuncia lo que hay en mi ánimo, entonces comprobaré que es verdadero profeta». Llegando, pues, a una morada hermosísima, lo vio allí sentado en su trono, y al punto lo reconoció. Él también, comenzando al instante a profetizar y con la mirada fija en él, empezó a decir: «Escuchad, islas, y atended, pueblos lejanos (Is 49,1). El Señor te llamó desde el seno, desde el vientre de tu madre se acordó de tu nombre, y puso tu boca como espada afilada: a la sombra de su mano te protegió, y te hizo como flecha escogida; en su aljaba te escondió, y te dijo: Tú eres mi siervo, porque en ti me gloriaré (Is 49,1–3)». Dicho esto, extendiendo el brazo, comenzó a alzar hacia él la mano derecha. Él, al verlo, se acercó a sus rodillas, esperando que quisiera bendecirlo. Pero él prosiguió: «Te he puesto como luz de las naciones, para que seas su salvación hasta el extremo de la tierra (Is 49,6). Los reyes verán, y se levantarán los príncipes, y adorarán a tu Dios y al Santo de Israel, porque te ha glorificado (Is 49,7)». Como el siervo de Dios había tenido esta visión mucho antes de aquel viaje, tenía por cierto en su ánimo que el mandato de Dios lo impulsaba hacia aquellas regiones; y sobre todo por la palabra que se le dijo: Escuchad, islas, porque casi toda aquella tierra está situada en islas. Y por lo que se añadió: Serás su salvación hasta el extremo de la tierra, porque el fin del mundo se encuentra en las regiones del Norte, en las tierras de los suecos. Por último, la palabra que

al final se cambió respecto del profeta Jeremías, a saber, porque te glorificará, alimentaba en él un ardor de deseo grandísimo, porque pensaba que significaba la palma del martirio que antaño se le había prometido.

45. RECOMENDADO POR HORIK AL REY DE LOS SUECOS, LLEGA A SUECIA, AGITADA POR INSTIGACIÓN DE LOS DEMONIOS.

Al emprender este viaje, llevaba consigo un enviado del rey Horik junto con su señal, al que el rey mandó comunicar de su parte al rey de los suecos, llamado Olof, este mensaje: que el siervo de Dios que, enviado de parte del rey Luis, se dirigía a los confines de su reino, le era conocido en todo, y que nunca en su vida había visto un hombre tan bueno ni había hallado jamás en mortal alguno tanta fidelidad; y que por eso, conocida su santísima bondad, le había concedido todo lo que quiso disponer en su reino por causa de la religión cristiana; y le pedía que del mismo modo le permitiera en su reino el culto cristiano que deseaba establecer, porque él no quería hacer otra cosa que lo que fuera bueno y recto. Siguiendo el viaje emprendido, después de casi veinte días de navegación llegó a Birka, donde encontró al rey y a la multitud del pueblo confundidos por un gran error. Pues, por instigación del diablo, que preveía de todos modos la llegada del bienaventurado varón, sucedió en aquel mismo tiempo que llegó allí uno diciendo que había estado en una asamblea de los dioses que se creía que poseían aquella tierra, y que había sido enviado por

ellos para anunciar esto al rey y al pueblo. «Vosotros —decían— nos habéis tenido largo tiempo propicios, y con nuestra ayuda habéis poseído durante mucho tiempo, con gran abundancia, en paz y prosperidad, la tierra donde habitáis; también vosotros nos habéis pagado los sacrificios y votos debidos, y vuestros servicios nos han sido gratos. Pero ahora retiráis los sacrificios acostumbrados y ofrecéis con más desgana los votos voluntarios; y, lo que más nos desagrada, introducís sobre vosotros un dios extraño. Si, pues, queréis tenernos propicios, aumentad los sacrificios omitidos y pagad votos mayores; y no recibáis entre vosotros el culto de otro dios, cuya doctrina es contraria a nosotros, ni os dediquéis a su servicio. Además, si deseáis tener más dioses y nosotros no os bastamos, admitimos unánimes en nuestra compañía a Erico, que fue vuestro rey, para que sea uno del número de los dioses». Este mensaje diabólico, anunciado públicamente, turbaba los ánimos de todos a la llegada del señor obispo, y un gran error y perturbación habían confundido los corazones de todos ellos. Pues habían erigido un templo en honor de aquel rey muerto hacía tiempo, y habían comenzado a ofrecerle votos y sacrificios como a un dios.

46. AUNQUE SUS AMIGOS SE LO DESACONSEJAN, INVITA AL REY A UN BANQUETE; ESTE APRUEBA LA MISIÓN, CON LA CONDICIÓN DE ECHAR SUERTES.

Llegado allí el señor obispo, comenzó a preguntar a sus amigos, a quienes había conocido

allí en otro tiempo, de qué modo podría dirigirse al rey sobre este asunto. Todos ellos, oponiéndose con todo empeño, aseguraban que en aquella ocasión su misión no podría lograr absolutamente nada; antes bien, si tenía algo de valor, debía darlo con el fin de escapar de allí con vida. Él les respondió: «No; no daré aquí nada para rescatar mi vida; porque, si mi Señor así lo ha dispuesto, estoy preparado para sufrir aquí tormentos y padecer la muerte por su nombre». Estando, pues, por este motivo en grandísima angustia, por fin, tomado consejo, invitó al rey a su alojamiento. Ofreciéndole un banquete, le presentó los dones que pudo y le expuso el encargo de su misión; pues ya antes, por medio del enviado de Horik y de los fieles del señor obispo que vivían allí, se había comunicado a ese rey la causa de su venida. Complacido, pues, tanto por la benevolencia de tan ilustre varón como por los regalos recibidos, el rey respondió que ciertamente quería de buen grado lo que él le había propuesto. «Pero antes —dijo— hubo aquí clérigos que fueron expulsados por una sedición popular, no por mandato del rey. Por eso yo no puedo ni me atrevo a confirmar esta misión vuestra antes de consultar por suertes a nuestros dioses y de preguntar también al pueblo su voluntad sobre esto. Que tu enviado esté conmigo en la próxima asamblea, y yo hablaré al pueblo en tu favor; y si, con el favor de los dioses, consienten en tu deseo, lo que has pedido prosperará; pero si no, también te lo haré saber». Porque tal es su costumbre: que cualquier asunto

público depende más de la voluntad unánime del pueblo que del poder del rey.

47. ANSCARIO ES CONFORTADO POR INSPIRACIÓN DIVINA. LAS SUERTES FAVORECEN SU EMPRESA.

Recibida esta respuesta del rey, nuestro devotísimo pastor se volvió por entero al refugio del Señor, entregándose a ayunos y oraciones, y humillándose con contrición y aflicción de corazón en la presencia de Dios. Y estando él en estas angustias y apremios, cuando se acercaba el día de la asamblea, cierto día, durante la sagrada celebración de la misa, mientras el sacerdote, de pie ante el altar, bendecía los sagrados misterios, se le infundió, postrado en tierra, una inspiración celestial. Pues, fortalecido interiormente por el don del Espíritu Santo y confortado en el alma con grandísima confianza, conoció que todo le saldría como deseaba. Por eso, después de la misa, declaró a ese mismo sacerdote, que era su más íntimo en todo, que no debía tener temor alguno, porque la gracia de Dios lo acompañaba. Al preguntarle este cómo lo sabía, respondió que le había sido inspirado por Dios. Aquel hermano reconoció bien esta iluminación de su mente, porque por muchos indicios había comprobado antes que Dios lo consolaba de ese modo. Y el desenlace de los hechos confirmó en seguida esta confianza de su ánimo. Pues el rey, reunidos primero sus príncipes, comenzó a tratar con ellos de esta misión de nuestro Padre, y ellos resolvieron que se averiguara por suertes cuál era sobre ello la

voluntad de los dioses. Saliendo, pues, al campo según su costumbre, echaron suertes, y cayó la suerte de que, por voluntad de Dios, se fundara allí la religión de los cristianos. Uno de los principales, amigo del señor obispo, se lo hizo saber en seguida y lo exhortó a cobrar ánimo, diciendo: «Esfuérzate, obra varonilmente, porque Dios no se ha opuesto a tu deseo ni a tu misión». Y así, cobrando confianza, se regocijaba en el Señor, gozoso en lo íntimo de su espíritu.

48. SE SUMA TAMBIÉN EL CONSENTIMIENTO DE LA ASAMBLEA.

Luego, llegado el día de la asamblea, que se celebró en la ya mencionada población de Birka, el rey, como es su costumbre, hizo anunciar al pueblo por voz de pregonero cuál era su misión. Al oírlo ellos, confundidos como estaban antes por el error, comenzaron a opinar de modos diversos y a alborotarse. Mientras ellos alborotaban así, uno que era de más edad se levantó en medio del pueblo y dijo: «Oídme, rey y pueblos: muchos de nosotros conocen ya bien el culto de este Dios, y saben que puede prestar gran auxilio a los que esperan en él. Pues muchos de nosotros lo han comprobado ya repetidas veces, tanto en los peligros del mar como en diversas necesidades. ¿Por qué, pues, rechazamos lo que sabemos que nos es necesario y útil? En efecto, en otro tiempo algunos de nosotros, yendo a Dorestad y comprendiendo que la norma de esta religión les sería provechosa, la abrazaban por propia voluntad. Ahora median muchas asechanzas, y por los

ataques de los piratas aquel viaje se nos ha vuelto muy peligroso. Lo que antes buscábamos tan lejos, ¿por qué no lo aceptamos ahora que se nos ofrece aquí? Y nosotros, que hemos comprobado en muchas cosas que el favor de este Dios nos es útil, ¿por qué no consentir de buen grado que sus siervos permanezcan entre nosotros? Atended, pueblos, a nuestro consejo, y no rechacéis vuestro provecho. Pues, cuando no podemos tener propicios a nuestros dioses, bueno nos es tener el favor de este Dios, que siempre y en todo puede y quiere socorrer a los que lo invocan». Cuando terminó de hablar así, toda la multitud del pueblo, hecha unánime, decidió que hubiera sacerdotes entre ellos y que se hiciera sin contradicción alguna cuanto correspondía a los misterios de Cristo. El rey, pues, levantándose de la asamblea, envió en seguida a su mensajero con el enviado del señor obispo, para comunicarle que la unanimidad del pueblo se había inclinado a su deseo y que a él le agradaba todo; pero que aún no podía concederle plena licencia hasta anunciar eso mismo a los pueblos de aquella región en otra asamblea, que había de celebrarse en otra parte de su reino. Entonces de nuevo nuestro Padre, de feliz memoria, buscando sus acostumbrados auxilios, imploraba con más insistencia la clemencia divina. Y he aquí que llegó el tiempo de la asamblea, y el rey hizo anunciar por voz de pregonero la misión del señor obispo, junto con todo lo que se había dicho y hecho en la asamblea anterior. Y, por don de la divina providencia, los corazones de todos se unieron de tal modo que todos alabaron el con-

sentimiento de la asamblea anterior y declararon que también ellos querían asentir a ello de todas las maneras.

49. RECIBE LICENCIA PARA CONSTRUIR UNA IGLESIA.

Hecho esto, el rey llamó al señor obispo y le refirió lo que se había hecho. Y así, con la voluntad unánime y el consentimiento de todos, decretó que entre ellos se edificaran iglesias y hubiera sacerdotes, y que quien del pueblo quisiera se hiciera cristiano sin oposición. Nuestro señor y pastor encomendó entonces en manos del rey al ya mencionado sobrino del venerable obispo Gauzberto, llamado Erimberto, para que, amparado por su ayuda y defensa, celebrara allí los divinos misterios. El rey le dio también en la mencionada población un solar para edificar un oratorio. El señor obispo compró además otro, con una casa, para que viviera el presbítero; y el mismo rey, mostrando al señor obispo el benignísimo favor de su afecto, prometió que también querría ser fidelísimo en todo a los suyos en lo tocante al culto de la religión cristiana. Y así, cumplido todo debidamente por la gracia del Señor, el señor obispo regresó a su tierra.

50. CONSIDERANDO LA PASIÓN, APRENDE A SOPORTAR LAS ADVERSIDADES.

Ahora bien, la grandísima angustia de espíritu que padeció en ese viaje, nuestro santísimo Padre la conoció de antemano, por revelación del Señor,

mientras se preparaba el viaje. Pues una noche le pareció que era el tiempo de la pasión del Señor, y que él estaba presente cuando el Señor Jesucristo era llevado de Pilato a Herodes, y de nuevo de Herodes a Pilato; y luego, cuando, sufriendo salivazos e insultos de los judíos y de los soldados, era herido, según le parecía, con azotes en todos sus miembros, él, no soportando que lo castigaran así, acudió corriendo y se interpuso a su espalda frente a los que lo azotaban, y recibía en su propio cuerpo todos los azotes que le infligían; salvo que el Señor, de más alta estatura, le sobrepasaba por la cabeza, y por eso no podía protegérsela. Qué significaba esta visión, el invicto soldado de Cristo no lo comprendió hasta que, de regreso de este viaje, consideró en su mente cuántos oprobios y burlas había sufrido allí, en cuánta angustia había estado y cuántas blasfemias proferidas contra Dios había soportado allí. Pues, en cuanto dependió de su ánimo, sin duda padeció allí por Cristo, y allí Cristo, en su siervo, soportó de nuevo los ultrajes que antes se le habían inferido a él. Y el no poder proteger la cabeza pensaba que significaba —puesto que la cabeza de Cristo es Dios (1 Cor 11,3)— que los padecimientos que los santos sufren en este mundo por Cristo atañen en parte también a la majestad misma de Dios, quien, tomándolos en cierto modo sobre sí al padecer con ellos, los tolera ciertamente por un tiempo, pero un día los juzgará con rigor.

51. LOS SUECOS ATACAN A LOS CURONIOS, VENCEDORES DE LOS DANESES.

Tampoco parece que deba omitirse cómo, después de este viaje, se manifestó el poder del Señor a los ya mencionados suecos. Pues cierto pueblo que vivía lejos de ellos, y al que llamaban curonios, había estado en otro tiempo sometido al dominio de los suecos; pero hacía ya mucho que, rebelándose, se negaba a estarles sujeto. Por fin los daneses, sabiendo, en el tiempo antes dicho, que el señor obispo había llegado ya a las regiones de los suecos, reunieron una multitud de naves y se dirigieron a aquella misma tierra, queriendo saquear sus bienes y someterlos a su dominio. Aquel reino tenía cinco ciudades. Los pueblos que allí habitaban, al conocer su llegada, se agruparon y comenzaron a resistir varonilmente y a defender lo suyo; y, concedida la victoria, abatida en matanza la mitad de la gente de los daneses, saquearon también la mitad de sus naves, tomándoles oro y plata y muchos despojos. Al oír esto, el rey Olof y el pueblo de los suecos, queriendo ganarse renombre por poder hacer lo que los daneses no habían hecho, y porque aquellos les habían estado sometidos antes, reunieron un ejército innumerable y se dirigieron a aquellas regiones. Y primero, llegando de improviso a una ciudad de aquel reino llamada Seeburg, en la que había siete mil combatientes, la devastaron y saquearon por completo y la incendiaron. Envalentonados con esto, dejaron las naves y, emprendiendo una marcha de cinco días, se apresuraron con ánimo feroz hacia otra de sus ciudades, que se llamaba Apulia. Había en aquella ciudad quince mil guerreros. Cuando llegaron allí, encerrados aquellos

en la ciudad, estos comenzaron a combatirla desde fuera, y aquellos a resistir varonilmente desde dentro: aquellos la defendían por dentro, estos la atacaban por fuera; y así pasaron ocho días, luchando con empeño cada día desde la mañana hasta la tarde, y caían muchos de una y otra parte, sin que ninguno de los dos bandos obtuviera la victoria.

52. TRAS INVOCAR EN VANO A SUS DIOSES, SE VUELVEN A CRISTO.

Y he aquí que al noveno día el pueblo de los suecos, agotado por la prolongada matanza, comenzó a angustiarse y, aterrado y con el corazón temeroso, a pensar solo en cómo escapar de allí. «Aquí —decían— no adelantamos nada, y nuestras naves están lejos». Pues, como dijimos, había cinco días de camino hasta el puerto donde estaban sus naves. Como, pues, muy turbados, no sabían en absoluto qué debían hacer, resolvieron averiguar por suertes si sus dioses querían ayudarlos, para alcanzar la victoria o al menos escapar de allí con vida. Echadas las suertes, no pudieron hallar a ninguno de los dioses que quisiera socorrerlos. Cuando esto se anunció entre el pueblo, se levantó en el campamento un inmenso alarido y gemido, y los abandonó todo su valor. «¿Qué vamos a hacer, desdichados de nosotros? —decían—. ¡Los dioses se han apartado de nosotros, y ninguno de ellos nos ayuda! ¿Adónde huiremos? Mirad, nuestras naves están demasiado lejos, y si huimos, estos nos perseguirán y nos aniquilarán hasta el exterminio; ¿qué será, pues,

de nosotros?». Estando, pues, en tan grande angustia, algunos de los mercaderes, recordando la doctrina y la enseñanza del señor obispo, comenzaron a aconsejarles. «El Dios de los cristianos —decían— ayuda muchas veces a los que lo invocan, y es poderosísimo para socorrer. Preguntemos si él quiere estar con nosotros, y prometámosle de buen grado votos que le sean gratos». Así, a súplica de todos, se echó la suerte, y se halló que Cristo quería ayudarlos. Cuando esto, anunciado públicamente, llegó a conocimiento de todos, los corazones de todos se fortalecieron de repente de tal modo que quisieron avanzar en seguida, intrépidos, a asaltar la ciudad. «¿Qué tenemos ahora que temer —decían—, o de qué asustarnos? Cristo está con nosotros; luchemos y obremos varonilmente; nada podrá resistirnos, ni nos faltará una victoria segura, porque tenemos por auxiliador al más poderoso de los dioses». Agrupados, pues, todos, con ánimo alegre y fuerte partieron a conquistar la ciudad.

53. OBTIENEN LA VICTORIA MEDIANTE UN PACTO; HACEN VOTO DE AYUNOS; SE DEDICAN A LAS LIMOSNAS.

Y cuando, apostados alrededor, querían entablar combate, los que estaban dentro pidieron que se les concediera ocasión de hablar. Cuando el rey de los suecos accedió, ellos prosiguieron: «Ya nos agrada más la paz que la guerra, y deseamos hacer un pacto con vosotros. En primer lugar, todo lo que el año pasado obtuvimos de los despojos de los daneses, en oro y en armas,

os lo damos como prenda del pacto. Además, por cada uno de los hombres que hay en esta ciudad ofrecemos media libra de plata; y encima os pagaremos el tributo que antes solíamos daros; y, entregando rehenes, queremos en adelante estar sujetos y obedientes a vuestro dominio, como lo estuvimos antes». Aunque se les ofrecieron estas cosas, todavía no podían calmarse los ánimos de los jóvenes; antes bien, más enardecidos e impávidos, sin miedo, deseando solo combatir, decían que con las armas devastarían la ciudad y todo lo que tenían, y que se los llevarían cautivos. Pero el rey y los príncipes, con más sano consejo, aceptaron sus diestras y concertaron el pacto; y, recibidos incontables tesoros y treinta rehenes, regresaron con gozo a su tierra. Concertada por fin la paz entre ellos, en seguida los suecos, alabando la omnipotencia de Cristo nuestro Señor y proclamando con todas sus fuerzas su grandeza, que era verdaderamente grande sobre todos los dioses, comenzaron a preguntar con solicitud qué debían ofrecer en voto a aquel por quien habían obtenido tan grande victoria. Por eso, instruidos por los mercaderes cristianos que estaban con ellos, ofrecieron en voto a Cristo el Señor un ayuno grato a él: que, vueltos a su tierra, después de estar siete días en casa, todos por igual se abstendrían de carne otros siete; y además, pasados después de esto cuarenta días, por acuerdo unánime guardarían igualmente abstinencia de carne los cuarenta siguientes. Y así se hizo, y todos los que habían estado allí cumplieron de buen grado lo establecido; y después muchos de

ellos, por reverencia y amor a Cristo, comenzaron a perseverar en los ayunos que guardaban los cristianos y a socorrer con limosnas a cualesquiera pobres (pues habían aprendido que esto era grato a Cristo). Y así, con el favor de todos, el sacerdote Erimberto comenzó a realizar libremente entre ellos las cosas de Dios, y, alabando todos el poder de Cristo, la devoción a la religión divina comenzó desde aquel tiempo a crecer en aquellas regiones sin oposición de nadie.

54. AL SUCEDER HORIK EL JOVEN A SU PADRE, SE CIERRA EL ACCESO A LA IGLESIA, QUE LUEGO SE CONCEDE POR VOLUNTAD DEL REY; SE DA LICENCIA PARA FUNDAR OTRA.

Entretanto sucedió, por juicio divino, que, al intentar algunos parientes suyos invadir su reino con ataques de piratas, el rey Horik murió en la guerra; y con él perecieron a espada todos los principales de aquella tierra, que antes eran tenidos por familiares y amigos del señor obispo. Después de esto, establecido en su reino Horik el Joven, algunos de los que él tenía entonces por príncipes, y que antes habían sido menos conocidos del señor obispo, comenzaron a persuadirle de que se destruyera la iglesia construida entre ellos y se aniquilara la religión cristiana allí comenzada, diciendo que sus dioses estaban airados con ellos, y que por eso les habían sobrevenido tantos males, porque habían recibido entre ellos el culto de otro dios desconocido. Por esta razón el conde de la mencionada población, esto

es, de Schleswig, llamado Hovi, que se oponía especialmente a esta religión e incitaba al rey a destruir la fe cristiana, mandó cerrar la iglesia allí construida y prohibió que se practicara allí la religión cristiana; por lo cual también el presbítero que estaba allí, obligado por la dureza de la persecución, se retiró. Por este motivo el señor obispo se había vuelto sumamente preocupado y triste, porque entonces no tenía junto a Horik el Joven a ninguno de los amigos que antes se había ganado con larguísimos dones, por medio de los cuales pudiera atraerlo a la voluntad del Señor. Por eso, privado de la ayuda humana, acudió, según su costumbre, al auxilio divino. Y no lo defraudó su esperanza. Pues el Señor lo consoló en su alma con un consuelo espiritual, y quedó del todo cierto de que de ningún modo perecería, como maquinaban los enemigos de Cristo, la religión allí comenzada; y así, con el beneplácito del Señor, sucedió poco después. Pues, mientras disponía ir al rey por este solo motivo, previniéndolo la gracia del Señor, el mismo rey, tras expulsar primero de dicha población al conde ya mencionado, de modo que nunca después pudo volver a su gracia, envió espontáneamente su legado al señor obispo, pidiéndole que devolviera su sacerdote a su propia iglesia; pues afirmaba que no menos que Horik el Viejo quería merecer la gracia de Cristo y obtener la amistad del señor obispo. Hecho esto, cuando también nuestro reverendísimo Padre llegó a la presencia del mismo rey con la ayuda del ilustrísimo conde Burcardo, que ya antes le había ayudado en todo ante Horik el

Viejo y tenía mucho valimiento ante ambos reyes, porque era pariente suyo, fue recibido por Horik el Joven con tanto favor que este le concedió en seguida, también él, todo lo que su predecesor había permitido hacer en su reino por causa del cristianismo. Además consintió incluso en algo que antes parecía abominable a los paganos: que hubiera una campana en la iglesia. También en otra población de su reino, llamada Ribe, concedió igualmente un lugar donde se edificara una iglesia, y dio licencia, con su autoridad, para que hubiera allí un sacerdote.

55. SE ENVÍAN DIVERSOS MINISTROS A LOS SUECOS.

Mientras sucedían estas cosas, el venerable obispo Gauzberto envió al pueblo de los suecos a un presbítero llamado Ansfrido, que era de origen danés y había sido educado para el servicio del Señor por el señor Ebón. Cuando él llegó allí, el mencionado sacerdote Erimberto regresó de aquella tierra, y él permaneció allí tres años o más, muy estimado de todos. Después de esto, al saber la muerte del señor Gauzberto, también él regresó de allí, y tras vivir algún tiempo entre nosotros murió al agravarse su dolencia. Hecho esto, el señor obispo, no soportando que pereciera la fe cristiana allí comenzada, envió allá a un presbítero suyo llamado Raginberto, muy idóneo para ello y muy dispuesto a tan largo viaje; pero, cuando se dirigía al ya mencionado puerto de Schleswig, por maquinación diabólica fue rodeado en el camino por una emboscada de

bandidos daneses y despojado de lo que tenía, y el día de la Asunción de santa María también él consumó felizmente su vida en el curso mismo de su buena voluntad. Aunque esto había afligido con grandísima pena el ánimo del señor obispo, de ningún modo pudo apartarse de su propósito; antes bien, el obispo ordenó para esta obra a otro presbítero, de origen danés, llamado Rimberto, quien, enviado por él a aquellas regiones por el nombre de Cristo, fue recibido allí benignamente por el rey y el pueblo, y, por don del Señor, ha celebrado libremente entre ellos los divinos misterios hasta el día de hoy. Por último, a él, como a los demás sacerdotes que antes había establecido entre los paganos, le encargó que no codiciara ni pidiera nada de nadie; antes bien, los exhortó piadosamente a que, a ejemplo del bienaventurado apóstol Pablo, también ellos trabajaran con sus manos y se contentaran con el alimento y el vestido; con todo, él mismo les suministraba abundantemente de lo suyo, a ellos y a sus acompañantes, cuanto necesitaban, y además lo que hubiera que dar para ganar amigos.

56. ANSCARIO ES CONFORTADO UNA Y OTRA VEZ POR EBÓN. SOPORTA LAS ADVERSIDADES CON ÁNIMO SERENO.

Ahora bien, entre estos múltiples y variados apremios de angustias que, como hemos recordado, sufrió en esta misión —aunque, como se ha dicho, siempre era fortalecido por la inspiración para no desistir de la obra comenzada—, también lo consolaban no poco en esta causa la devoción

de espíritu y el fervor de ánimo del señor Ebón, el mencionado arzobispo de Reims, que había sido el primero en recibir esta misión; pues este, ardiendo en lo íntimo de su espíritu por la vocación de los gentiles, lo incitaba continuamente a propagar la gracia de la fe en estas regiones, y lo exhortaba con firmeza a no abandonar lo comenzado. Estimulado por sus palabras de exhortación y por el grandísimo ardor de espíritu con que este se inflamaba por ello, este bienaventurado varón cuidaba sin vacilar del oficio que se le había encomendado, y ninguna adversidad ni contratiempo pudo nunca apartarlo de la obra comenzada. Y aunque fueron innumerables los consejos persuasivos de aquel pontífice, con los que nuestro Padre se consolaba con íntimo gozo, siempre recordaba, sin embargo, la conversación que tuvieron sobre esta misión la última vez que hablaron. Pues, cuando nuestro señor obispo, tras enumerar las muchas angustias que le habían sobrevenido, le preguntó qué le parecía de esta misión, y le pidió con insistencia que le dijera qué consuelo podía darle sobre ello, él, como inspirado por un espíritu profético, respondió: «Estoy cierto —dijo— de que lo que hemos comenzado a trabajar por el nombre de Cristo ha de fructificar en el Señor. Pues tal es mi fe, y así lo creo firmemente, más aún, lo sé con certeza: que, aunque alguna vez, por los pecados, se vea de algún modo impedido lo que hemos comenzado entre aquellos pueblos, nunca, sin embargo, quedará del todo en nada, sino que fructificará en la gracia de Dios y prosperará, hasta que el nombre

del Señor llegue a los confines de la tierra». Esta fue, pues, su fe; con esta voluntad buscaron las tierras de pueblos extraños; por amor de esta religión combatieron por el Señor, de quien sin duda recibirán también el premio de su trabajo. El deseo de esta devoción nunca se apartó del ánimo de nuestro señor y Padre, y nunca dejó de orar por la salvación de los gentiles; antes bien, cuando su diócesis era devastada en derredor por las casi continuas incursiones de los piratas que venían de esos mismos pueblos, y su familia era saqueada, él, sin embargo, oraba sin cesar por los que se le oponían y le tendían asechanzas, y pedía sin interrupción a la misericordia de Dios la conversión de quienes le hacían mal, suplicando que no se les imputara como pecado el que, ignorando la justicia de Dios y engañados por el error diabólico, atacaran los bienes de los cristianos. Y ardía tanto en esta solicitud que, aun estando en su última enfermedad, nunca dejó de tratar y disponer los asuntos de su misión, hasta que exhaló el último aliento de vida. Arrebatado del mundo en este ardor de religión, creemos que, acompañado de una grandísima multitud de fieles que había ganado para el Señor de entre los daneses y los suecos —el comienzo de aquel buen combate suyo—, entró gloriosa y felizmente en el reino, recompensándolo la clemencia divina en el día de la resurrección de todos.

57. ANSCARIO, MONJE VIRTUOSO; OBISPO ÉMULO DE LOS SANTOS. USA CONTINUAMENTE EL CILICIO. AMA LA SOLEDAD.

Puesto que ya hemos dicho mucho de su misión y del cuidado con que deseaba salvar a otros, es tiempo ya de narrar cómo fue en sí mismo y en lo tocante a la salvación de su propia alma, y cómo mortificó su cuerpo. Cómo brilló entre vosotros en el monasterio en todo el empeño de su devoción, vosotros lo sabéis muy bien. Con todo, según hemos oído, siendo adolescente y joven parecía a los ancianos y a los de mucha edad digno de admiración e imitación. Y una vez que asumió el episcopado entre nosotros, procuró acrecentar por todos los medios lo que había comenzado en el monasterio, e imitar la vida de todos los santos, pero de modo especial la del bienaventurado Martín. Pues usaba el cilicio sobre la carne no solo de día, sino también de noche, y se empeñaba grandemente en aprovechar a los pueblos predicando la palabra del Señor. A veces, sin embargo, para ejercitarse en la filosofía divina, permanecía en soledad; para ello se había hecho construir una celda adecuada, a la que llamaba lugar tranquilo y amigo de la tristeza. Allí se quedaba con unos pocos y vivía siempre que podía estar libre de la predicación y de los oficios eclesiásticos y de las inquietudes causadas por los paganos; pero de tal modo que nunca antepuso su propia comodidad y su amor a la soledad al bien del rebaño que se le había encomendado.

58. PARCO EN LA COMIDA Y TENTADO POR ELLO DE VANAGLORIA, ES LIBRADO DE ESTE VICIO POR DIOS. YA ANCIANO, SUPLE CON LIMOSNAS SU ABSTINENCIA.

Ahora bien, mientras gozó en alguna medida del vigor de la juventud, muy a menudo tomaba el pan por peso y el agua por medida, sobre todo mientras le fue posible vivir en soledad. En ese tiempo, según él mismo afirmaba, fue tentado no poco por el espíritu de la vanagloria. Pues el enemigo del género humano se empeñaba en infectar su alma con esa peste, y él se veía grande a sus propios ojos porque se abstenía de ese modo. Entristecido por ello, y vuelto en oración a la piedad del Señor, le pedía que con su gracia lo librara de esta perniciosísima impiedad; y así se hizo. Y mientras se aplicaba con más empeño a la oración por este motivo, una noche, entregado al sueño, se vio como arrebatado hasta el cielo, y vio todo el mundo como reunido en un valle horrendo; del cual, sin embargo, las almas de los bienaventurados, aunque raramente, eran arrebatadas por ministerio de los ángeles y llevadas al cielo; y en aquel valle tenebroso se le mostró también como una especie de semilla de la que el género humano toma su origen. Y mientras contemplaba todo esto con admiración y horror, se le mandó que considerara con qué principio había venido a esta vida; y se le dijo: «¿Cómo podrá haber jactancia alguna en el hombre, que fue engendrado de tan vil origen en el valle de lágrimas, y que todo lo bueno que tiene no lo ha recibido de sí, sino de aquel de quien procede toda dádiva óptima y todo don perfecto (Sant 1,17)?». «Si, pues, en adelante —dijo— te tienta alguna peste de vanagloria, trae esto a la memoria y recuerda de dónde fuiste engendrado, y con la gracia de

Dios serás librado». Y así sucedió. Pero después de envejecer ya no pudo abstenerse tanto de la comida; su bebida, sin embargo, fue siempre agua, salvo que, más por evitar la vanagloria que por gustar de algún deleite, mezclaba un poquito de otra bebida en el agua que iba a beber. Y como en su vejez no pudo guardar la parsimonia acostumbrada, procuró compensarlo con limosnas, oraciones y muchas otras buenas obras. Por este motivo rescató a muchos cautivos, a los que dio la libertad; y a algunos de ellos mandó instruirlos en las letras sagradas, para educarlos en el servicio de Dios.

59. POR AMOR A LA DEVOCIÓN, ANSCARIO ESCRIBE LIBROS. DADO A LAS LÁGRIMAS, SE SIRVE PARA ELLO DE SENTENCIAS DE LA ESCRITURA.

Cuán celoso fue de avivar su devoción en el amor de Dios lo atestiguan los grandes códices que tenemos, que él escribió de su propia mano en notas taquigráficas, y de los que se sabe que contienen solo lo que pertenece a la alabanza de Dios omnipotente y a la reprensión de los pecados, a la alabanza también de la vida bienaventurada y eterna y al terror del infierno, y todo lo que mueve a la compunción y al llanto. Son testigos también los hermanos que viven entre nosotros y en la Nueva Corbie, a quienes pedía con frecuencia ayuda para esta obra, y que le enviaron no pocos escritos de este género. Pero nada le parecía nunca bastante: quería pasar toda su vida en duelo y lágrimas. Pues aunque la compunción del

corazón le movía a lágrimas, nunca le parecían suficientes; salvo que en el último año de su vida mereció, por don del Señor, la gracia largamente buscada de llorar cuantas veces quisiera. Por último, de esas mismas cosas que mueven a compunción, tomadas de la Sagrada Escritura, compuso para cada uno de los salmos una breve oración propia, que él solía llamar «aderezos», para que por este medio los salmos le resultaran dulces. En estos aderezos no se cuidaba de la composición de las palabras, sino que buscaba solo la compunción del corazón: en ellos unas veces alaba la omnipotencia y el juicio de Dios; otras se vitupera a sí mismo; otras llama bienaventurados a los santos que obedecen a Dios; otras llora por los miserables y los pecadores, de todos los cuales decía siempre que él era peor. Y estos, cuando otros cantaban con él, al terminar el salmo solía rumiarlos él solo en silencio. Y no quería manifestarlos a nadie. Con todo, uno de nosotros, que le era muy íntimo, a fuerza de grandes ruegos logró a duras penas que le dictara esos mismos aderezos tal como él solía cantarlos. Este, una vez escritos, no los dio a conocer a nadie mientras él vivió, pero después de su muerte los mostró a cuantos quisieron leerlos.

60. RECITABA DIVERSOS SALMOS SEGÚN EL LUGAR Y EL TIEMPO.

Mientras cantaba los salmos solía también trabajar a menudo con las manos, pues en esos momentos tejía redes. En cuanto a los salmos, tenía dispuesto cuáles cantaría de día y cuáles de

noche; cuáles mientras se preparaba para la misa; cuáles cuando, descalzo, iba a acostarse. Por la mañana, siempre que se calzaba y se lavaba las manos, cantaba las letanías; y así, yendo a la iglesia, hacía celebrar tres o cuatro misas, asistiendo él y tomando parte en el oficio; pero a la hora establecida y debida del día, si no le sobrevenía algún impedimento, cantaba él mismo la misa pública.

61. GENEROSO CON LOS POBRES, DOTA UN HOSPICIO EN SU FAVOR. CUIDA DE TODOS. LLEVA UNA BOLSA EN EL CINTURÓN. EN CUARESMA ALIMENTA A CUATRO POBRES Y LES SIRVE.

¿Quién podrá contar cuán generosísimo fue en dar limosnas, si deseaba, según la voluntad del Señor, repartir cuanto tenía entre los que padecían necesidad? Pues dondequiera que sabía de alguien puesto en necesidad, se afanaba por ayudarle cuanto podía. Y no solo en su propia diócesis, sino también a los que vivían en regiones lejanas les prestaba el socorro de su ayuda; pero de modo especial había establecido en Bremen un hospital para los pobres, al que asignó los diezmos de algunas fincas, para que allí, además de recibirse cada día a los pobres, fueran atendidos los enfermos. En todo su obispado distribuía para sustento de los pobres el diezmo de los animales y de todas las rentas, y el diezmo de los diezmos que le correspondían; y de cuanta plata o tributo de cualquier clase le llegaba, apartaba la décima parte para uso de los necesitados.

Además, cada cinco años volvía a sacar íntegro el diezmo de todos los animales, aunque ya hubieran sido diezmados, para dar limosnas; y de la plata que llegaba a las iglesias de los monasterios destinaba para esto mismo la cuarta parte. Tenía siempre grandísimo cuidado de los huérfanos y de las viudas, y dondequiera que sabía que había anacoretas, fueran hombres o mujeres, los confortaba en el servicio de Dios con frecuentes visitas y dones, y procuraba ayudarlos con los socorros necesarios. Llevaba también siempre en su propio cinturón una bolsita con monedas, para que, si alguna vez llegaba un necesitado y faltaba el dispensador de su limosna, tuviera él mismo, sin demora, qué darle. Pues procuraba cumplir en todo aquel dicho del bienaventurado Job, de nunca hacer esperar los ojos de la viuda (Job 31,16); y así procuraba ser en todo ojo para el ciego, y pie para el cojo, y padre de los pobres (Job 29,15–16). En el tiempo de Cuaresma mandaba recibir cada día en Bremen a cuatro pobres para darles de comer, dos hombres y dos mujeres; y a los hombres él mismo, con los hermanos, les lavaba los pies; a las mujeres, en cambio, se los lavaba en su lugar, en el mencionado hospital de los pobres, una mujer consagrada a Dios, a quien él tenía por probada en la voluntad de Dios y en el amor a la religión. Además, cuando recorría las parroquias según la costumbre episcopal, antes de ir él a la mesa mandaba hacer entrar a los pobres; les ofrecía incluso agua para lavarse las manos, les daba pan bendito y les servía de beber; y, puesta la mesa delante de ellos, solo entonces se dirigía a

su propia comida con sus huéspedes. Y para probar con ejemplos las entrañas de su misericordia y piedad: vimos una vez que, habiendo rescatado entre otros muchos al hijo de una viuda, llevado cautivo a una región lejana, a saber, a la de los suecos, y habiéndolo traído consigo a su tierra, cuando su madre, gozosa, lo vio de vuelta y, de pie ante él, lloró de alegría (como es costumbre de las mujeres), también el obispo, conmovido, comenzó a llorar no menos que ella, y en seguida devolvió a la madre al hijo de la viuda, concediéndole la libertad, y los dejó ir a casa gozosos.

62. CONOCE DE ANTEMANO LO FUTURO; CONSULTA A DIOS EN LO QUE HA DE HACER. SABE POR REVELACIÓN DEL CIELO QUE SERÁ PASTOR DE LA IGLESIA DE BREMEN.

Y porque, según el bienaventurado apóstol Pablo, su modo de vivir estaba siempre en el cielo (Flp 3,20), a veces era iluminado en la tierra con revelaciones celestiales (como ya hemos dicho, aunque hemos omitido mucho), de modo que casi todo lo que le había de suceder le era siempre conocido de antemano, ya por un sueño, ya por una revelación íntima en la mente, ya en éxtasis. Pues lo que dijimos que sucedía en la mente pensamos que es de esta clase, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, donde dice: Dijo el Espíritu a Felipe (Hch 8,29). Pues en todos los asuntos de mayor importancia que debía resolver, quería tener tiempo para pensar; y nada disponía temerariamente antes de que, iluminado por la gracia

de Dios, sintiera en su mente qué era lo mejor; y así, cerciorado en su mente por una visita de lo alto, disponía sin vacilar lo que había que hacer. Y lo que veía en sueños, de lo cual ya se ha recogido mucho más arriba, era tan verdadero que no recordamos que nada de ello quedara nunca sin cumplirse. Pues, para probarlo, refiramos algo que habíamos omitido: antes de ser llamado a la Iglesia de Bremen, una noche le pareció que había llegado a una región amenísima, en la que encontró al bienaventurado apóstol Pedro. Y mientras lo contemplaba con admiración, llegan unos hombres pidiendo que el mismo bienaventurado Pedro les designara un pastor y doctor. Y cuando él les respondió: «Este es el que debéis tener por pastor», señalando al señor obispo, que estaba de pie ante él, le pareció que se producía un gran terremoto y que él caía a tierra, y que venía sobre él una voz, y una gran suavidad en su mente, es decir, la unción del Espíritu Santo, de modo que se sentía como renovado en la gracia de Cristo. Y la voz que vino derramó sobre él como una bendición. Después de esto, según le parecía, aquellos hombres instaron de nuevo al apóstol a que les designara algún doctor (pues parecían oponerse a lo que él les había propuesto antes); y él les respondió como indignado: «¿No os dije que había de ser este que está aquí presente? ¿Por qué habéis dudado? ¿No oísteis la voz del Espíritu Santo, que descendió sobre él para consagrároslo como pastor?». Dicho esto, despertó del sueño; y por esta visión, que tuvo tres años antes de ser llamado a gobernar la Iglesia de Bremen, quedó

del todo cierto de que había de ir a alguna parte en el nombre del Señor; pero adónde, no lo sabía. Pero cuando, por mandato del rey, llegó a la Iglesia de Bremen y supo que estaba consagrada en honor de san Pedro, y halló además a algunos que no lo recibían de buen grado, recordó su visión; y por este motivo consintió en tomar a su cargo aquella diócesis. Afirmaba solemnemente que de otro modo nunca habría querido hacerlo.

63. EN TORHOUT CRÍA A NIÑOS NORMANDOS. PREVÉ EL CASTIGO DE REGINARIO POR HABERLOS SACADO DE ALLÍ.

También en el tiempo en que tuvo la celda de Torhout antes mencionada, como todo su cuidado era la vocación de los gentiles, para poder serles útil en su misión, había colocado en esa misma celda a algunos niños comprados de entre los normandos y los eslavos, para que se criaran y se instruyeran para la sagrada milicia. A algunos de ellos el mencionado Reginario, cuando se le dio aquella celda, los sacó de allí y los puso a su propio servicio. Como el señor obispo estaba muy angustiado por este motivo, poco después le pareció que había entrado en una casa y que había encontrado allí al venerable rey Carlos y al mismo Reginario. Él, según le parecía, los reprendió por aquellos niños, afirmando que había dispuesto criarlos para el servicio de Dios omnipotente, no para que sirvieran a Reginario. Dicho esto, le pareció que el mismo Reginario, levantando el pie, le daba una patada en la boca al señor obispo. Hecho esto, en seguida le pareció que Jesucristo

estaba de pie junto a él y decía tanto al rey como a Reginario: «¿De quién es —dijo— este hombre al que tan vergonzosamente deshonráis? Sabed que este tiene un Señor, y vosotros no quedaréis sin castigo por esta causa». Dicho esto, ellos, aterrados, se turbaron; y el señor obispo despertó. Cuán verdadero fue lo que se le mostró lo atestigua el castigo divino que cayó sobre el mismo Reginario. Pues no mucho después incurrió en la ira del rey y perdió aquella celda junto con todo lo que tenía de parte del rey, y nunca más pudo volver a su antigua gracia.

64. CUÁN SOLÍCITO FUE POR SU REBAÑO; SUAVE Y SEVERO EN SU PREDICACIÓN.

Pero, para que no parezca que omitimos cuál y cuán grande fue en la gracia pastoral, en él comprobamos ciertamente cuán verdadero es lo que dijo el bienaventurado Gregorio de los pastores de la Iglesia, tomando como figura a los pastores que en la Natividad del Señor velaban sobre su rebaño: «¿Qué significa —dice— que el ángel se apareciera a los pastores que velaban, y que la claridad de Dios los envolviera, sino que merecen ver cosas sublimes por encima de los demás quienes saben presidir con solicitud a los rebaños fieles? Y mientras ellos velan piadosamente sobre el rebaño, la gracia divina resplandece sobre ellos con más abundancia». Pues hemos comprobado con muchas experiencias que la gracia de Dios lo acompañó en todas sus acciones. Que él, solícito en la custodia de su rebaño, mereció ver muchas cosas sublimes y fue inspirado con frecuencia en

su mente por una visita de lo alto, ya lo hemos mostrado más arriba en muchos casos. Además, resplandeciendo también exteriormente en él con abundancia la gracia de Dios, el discurso de su predicación, impregnado de mucha suavidad, era en parte temible, de modo que con juicio cierto se comprobaba que sus palabras eran regidas por una infusión espiritual; en él, mezclando halagos con terrores, ponía delante la fuerza del juicio divino, en el que el Señor, al venir, aparecerá terrible para los pecadores y apacible para los justos. Por esta gracia era admirable en sus palabras y en su rostro, de modo que los poderosos y los ricos, y sobre todo los contumaces y los insolentes, lo miraban como temible; los de mediana condición lo abrazaban como a un hermano; y los pobres lo veneraban como a un padre con piadosísimo afecto.

65. PROHÍBE EL TRABAJO EN DÍA DE FIESTA. DIOS, CASTIGANDO A LOS TRANSGRESORES

Ahora bien, aunque huía con cautela de los signos milagrosos, como de instrumentos de jactancia, tampoco estos le faltaron, sin buscarlos él; lo cual se comprobó con una señal evidente, a saber, que el mandato del Señor pronunciado por su boca no quedó sin efecto. Pues una vez, predicando al pueblo en día del Señor en Frisia, en el pago de Ostergo, y prohibiendo entre otras cosas que nadie hiciera trabajo servil en día de fiesta, algunos de ellos, contumaces y obtusos como son, al volver a casa, como el tiempo estaba

sereno, fueron al prado, recogieron el heno e hicieron almiares. Hecho esto, al caer la tarde, todos aquellos almiares que se habían hecho ese día fueron consumidos por el fuego por obra divina, mientras permanecían intactos los que habían sido preparados en los días anteriores y estaban en medio de ellos. Con esto, los pueblos que vivían en derredor, viendo el humo desde lejos y pensando que habían llegado enemigos, temieron mucho; pero, indagando con más cuidado la verdad del hecho, comprobaron que había sido castigada la contumacia de algunos.

66. PROCURA LA LIBERACIÓN DE LOS CAUTIVOS.

Tampoco creemos que deba callarse que en cierta ocasión el pueblo de los nordalbingios había pecado gravemente; y su delito era de esta clase: cuando algunos desdichados cautivos cristianos, que eran maltratados entre los bárbaros, huían de allí y venían a los cristianos, a esos mismos nordalbingios, que, como es sabido, son los más próximos a los paganos, ellos los apresaban y los ponían en cadenas; y a unos los vendían de nuevo a los paganos, a otros los sometían a su propia servidumbre o los vendían a otros cristianos. Cuando esto llegó a conocimiento del señor obispo, quedó muy angustiado de que en su diócesis se hubiera cometido tan gran maldad; pero no alcanzaba a discurrir cómo podría remediarse, porque en este nefandísimo crimen estaban enredados muchísimos que eran tenidos entre ellos por poderosos y nobles. Y estando

muy angustiado por este asunto, una noche se le apareció un consuelo divino. Pues le parecía que el Señor Jesús estaba en el mundo presente, como estuvo en otro tiempo, cuando predicaba a los pueblos la doctrina y los ejemplos de su presencia; y le pareció que estaba con una multitud de fieles, y que el mismo señor obispo iba con él en el mismo camino, alegre y gozoso; y, según le parecía, había caído sobre todos los contumaces un terror enviado por Dios, y se liberaba a los oprimidos, y había gran paz en todos, de modo que nada adverso parecía haber en aquel camino. Fortalecido, pues, con esta visión, preparó él mismo un viaje a aquel pueblo suyo, con este propósito: liberar de cualquier modo a los desdichados que injustamente habían sido reducidos a servidumbre y vendidos, y prohibir, con la gracia del Señor, que en adelante nadie se atreviera a cometer tan gran mal. En este viaje el Señor le concedió tanta gracia e infundió a los contumaces tanto temor de su autoridad que, aunque eran nobles y poderosos para el mal, ninguno de ellos se atrevía a contradecir su mandato; se buscaba a los desdichados dondequiera que hubieran sido vendidos, y, dada la libertad, se les dejaba ir adondequiera que quisieran. Además, para que en adelante no se pudiera alegar fraude alguno en este asunto, hicieron un acuerdo: que ninguno de los que se habían manchado con la mencionada rapacidad pudiera defenderse con juramento ni con testigos, sino que se sometiera al juicio de Dios omnipotente, ya el mismo que era acusado de tal crimen, ya el cautivo que otro reclamaba.

Con este hecho, pues, en aquel mismo viaje, el Señor mostró verdaderamente lo que prometió a sus fieles, diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo (Mt 28,20). Realizó aquel viaje con tanta prosperidad y gozo que algunos de los que lo acompañaban decían que nunca en su vida habían hecho un viaje tan bueno y tan agradable.

67. SANA A LOS ENFERMOS CON ÓLEO. HUYE DE LA VANAGLORIA.

Cuántos fueron sanados por su oración y por la unción con óleo, no podemos enumerarlo. Pues, conocido esto por el testimonio de muchos, los enfermos solían acudir a él a porfía, no solo de su diócesis sino también de lejos, pidiéndole remedio para su salud. Él, sin embargo, siempre prefirió que todo esto se ocultara antes que se divulgara. En efecto, cuando una vez se hablaba en su presencia de tales signos milagrosos, dijo a uno de sus íntimos: «Si yo fuera digno ante mi Dios, le pediría que me concediera un solo signo: que por su gracia hiciera de mí un hombre bueno».

68. MÁRTIR TODA SU VIDA. ATACADO DE DISENTERÍA. SE ENTRISTECE PORQUE LE HA SIDO ARREBATADO EL MARTIRIO.

Además, aunque tal era su vida, padecía casi continuamente enfermedad de su propio cuerpo. Toda su vida fue, en efecto, casi un martirio, por los muchísimos trabajos que pasó dentro

de su propia diócesis a causa de las incursiones y depredaciones de los bárbaros, y también de la oposición de los malintencionados; y además por la mortificación que él mismo nunca dejó de infligir a su cuerpo por amor a Cristo. Pero ¿qué haremos nosotros, que después de tantas cosas dulces y saludables nos vemos obligados a referir lo que no podemos contar sin llanto? Pues en el año sexagésimo cuarto de su edad y trigésimo cuarto de su episcopado comenzó a padecer una grave enfermedad corporal, a saber, una disentería continua; y aunque la padeció duramente durante muchos días, es decir, cuatro meses y más, y se sentía empujado hacia la muerte, siempre daba gracias a Dios y decía que aquel padecimiento era menor de lo que merecía su iniquidad, repitiendo a menudo aquel dicho del bienaventurado Job: Si hemos recibido los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos los males? (Job 2,10). Pero, como por las visiones antes dichas creía que había de consumarse por el martirio más bien que por tal enfermedad, se entristeció mucho y comenzó a atribuir a sí mismo y a sus pecados el haber sido defraudado por su culpa de una esperanza que tenía por certísima, repitiendo a menudo aquello del salmista: Justo eres, Señor, y recto tu juicio (Sal 119,137). Y cuando reveló esta tristeza, lamentándose, a su fidelísimo discípulo, que era su confidente, y este se esforzó con empeño por consolarlo, diciéndole que no se le había prometido que sería degollado por la espada, o quemado en el fuego, o ahogado en el agua, sino que había de llegar al Señor con

la corona del martirio, de ningún modo pudo recibir consuelo. Y como hablaba muchas veces de lo mismo con su discípulo, que fue su confidente casi en todo, y este quiso consolarlo con sumo empeño, procurando traerle a la memoria cuánto había soportado en el servicio de Dios y cuántas molestias había sufrido en su cuerpo, y que también esta última enfermedad, tan grave y tan larga, podía muy bien contársele como martirio, él, sin embargo, no recibía de ningún modo consuelo, sino que permanecía en la tristeza antes dicha.

69. ES CONFORTADO POR DIOS. HACE COPIAR LOS PRIVILEGIOS QUE SE LE CONCEDIERON, ENCOMENDANDO AL REY SU EJECUCIÓN.

Por eso sucedió que el Señor se dignó consolar a su siervo, no ya como antes por un sueño, sino más abiertamente, para dar a tan gran tristeza el remedio de su gracia. Pues un día, estando en el oratorio para la misa, muy afligido precisamente por esto, de repente, arrebatado en éxtasis, oyó como si estuviera despierto una voz que lo reprendía con vehemencia porque de ningún modo debía haber dudado de la promesa de Dios, como si alguna iniquidad pudiera vencer la piedad de Dios. «Cree firmísimamente —dijo— y no dudes en absoluto que Dios por su gracia hará contigo ambas cosas: perdonará los pecados por los que ahora estás afligido, y cumplirá todo lo que prometió». Recibido este consuelo, también él se consolaba a sí mismo. Y desde entonces comenzó

a disponer con más solicitud todas las cosas de su diócesis; además mandó copiar en muchos cuadernillos los privilegios de la sede apostólica que se habían otorgado acerca de su misión, y enviarlos a casi todos los obispos del señor rey Luis. También al mismo rey Luis y a su hijo homónimo les envió lo mismo, añadiendo una carta en su nombre en la que les pedía que tuvieran presentes estas cosas y que, al mismo tiempo, según lo pidieran las circunstancias, prestaran su ayuda, para que la misión misma, con el auxilio de la gracia de Dios y con su apoyo, pudiera fructificar y crecer entre los gentiles.

70. DESEA MORIR EL DÍA DE LA PURIFICACIÓN DE LA BIENAVENTURADA MARÍA, Y EN SU VÍSPERA MANDA ENCENDER TRES CIRIOS. EN EL DÍA DE LA FIESTA, DICHAS MISAS POR ÉL, ESPERA EN AYUNAS LA MISA PÚBLICA.

Ahora bien, cuando ya llevaba tres meses seguidos padeciendo la mencionada enfermedad, y había pasado la Epifanía del Señor, comenzó a desear que se le concediera pasar a la gracia del Señor en la Purificación de santa María. Y al acercarse esa fiesta, mandó preparar un banquete para el clero y los pobres, para que comieran en aquel santísimo día. Mandó también que se hicieran tres grandes cirios de su propia cera. Hechos estos, en la misma víspera de dicha fiesta los hizo traer ante sí, y mandó encender uno ante el altar de santa María, otro ante el altar de san Pedro y el tercero ante el altar de san Juan Bautis-

ta, deseando que lo recibieran al salir del cuerpo aquellos que en la visión antes referida habían sido en otro tiempo sus guías. Por lo demás, estaba tan agotado y consumido por la mencionada enfermedad que casi nada quedaba ya de su cuerpo, excepto los huesos unidos por los tendones y cubiertos de piel. Con todo, él se ejercitaba siempre en la alabanza del Señor. Al amanecer el día de esa fiesta, todos los sacerdotes que estaban presentes celebraron misas por él, como solían hacerlo cada día. Él, por su parte, comenzó a disponer cómo había de hacerse el sermón al pueblo, afirmando que aquel día no probaría nada hasta que terminara la misa pública. Terminada esta, después de comer y beber un poco, se empeñó durante todo el día en exhortar con más celo a los suyos y en encenderlos para el servicio del Señor, animándolos al servicio divino unas veces a todos juntos, otras a cada uno en particular, según podía; pero su mayor cuidado y solicitud fue su misión entre los gentiles. También la noche siguiente la pasó entera en tales exhortaciones.

71. REZADAS LAS LETANÍAS, RECIBE EL VIÁTICO DESPUÉS DE LAS MISAS. REDOBLA SUS PRECES POR SÍ Y POR LOS DEMÁS. MUERE.

Y cuando los hermanos que estaban presentes rezaban la letanía y cantaban los salmos por su tránsito, según la costumbre, él les pidió que cantaran también el himno compuesto en alabanza de Dios, es decir, el Te Deum laudamus, y asimismo la fe católica compuesta por el bienaventura-

do Atanasio. Llegada la mañana, después de que todos los sacerdotes presentes celebraron por él la sagrada solemnidad de la misa y él recibió la comunión del cuerpo y la sangre del Señor, con las manos levantadas rogaba que la piedad divina perdonara a cualquiera que de algún modo hubiera pecado contra él. Después comenzó a repetir con frecuencia estos versículos: Según tu misericordia acuérdate de mí, por tu bondad, Señor (Sal 25,7); y: Oh Dios, ten piedad de mí, pecador (Lc 18,13); y: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu (Sal 31,6). Cuando los había repetido muchas veces y, con la respiración ya entrecortada, no podía seguir repitiéndolos, mandó a un hermano que siguiera cantándolos en su lugar. Y así, con los ojos fijos en el cielo, exhaló su espíritu, encomendado a la gracia del Señor.

72. TODOS LO LLORAN. EPÍLOGO DE SU ELOGIO.

Preparado su cuerpo según la costumbre y puesto en el féretro, cuando era llevado a la iglesia, pareció renovarse el llanto de todos, y era una sola la voz de los que se lamentaban, sobre todo de los clérigos, de los huérfanos, de las viudas, de los pupilos y de los necesitados. Pues, aunque no haya que dudar de su salvación, ¿quién de los religiosos o de los fieles podrá contener el llanto, cuando nos ha dejado desolados aquel en quien solo florecían los ejemplos de casi todos los santos antiguos? Pues, para comenzar por la misma Cabeza de todos los elegidos, él, pobre, siguió a Cristo pobre; con los apóstoles lo

dejó todo; y con san Juan Bautista, pasando sus primeros años lejos del bullicio de las multitudes, buscó la soledad del monasterio. Luego, cuando con el paso del tiempo hubo crecido con un progreso cotidiano y caminado de virtud en virtud (Sal 84,8), fue destinado, con el bienaventurado apóstol Pablo, como vaso de elección para llevar el nombre de Cristo ante los gentiles (Hch 9,15); y después, con Pedro, príncipe de los apóstoles, tomó a su cargo apacentar las ovejas de Cristo. Cuál y cuán grande se mostró en ese gobierno lo prueba sobre todo esto: que, puesto entre el cielo y la tierra, mediador entre Dios y el prójimo, unas veces participaba de la visión divina y de las revelaciones celestiales, otras disponía los actos y la vida de los que le estaban encomendados. Y bastaba para estas dos alas, la de la vida activa y la de la contemplativa, porque —ya que, según la fe de los Evangelios, se cree que solo los limpios de corazón verán al Señor— él, escogido por él como virgen, permaneció para siempre, como el santo apóstol y evangelista Juan, virgen de alma y de cuerpo; y además lo poseía tanta caridad para con todos que, como el bienaventurado protomártir Esteban, oraba incluso por sus perseguidores. ¡Oh varón verdaderamente bienaventurado y dignísimo de todo pregón de alabanza, a quien se concedió ser tal y tan gran imitador, y a quien solo le fue dado reunir a la vez las virtudes de tantos! Santo de alma y casto de cuerpo, seguirá al Cordero adondequiera que vaya (Ap 14,4) con las vírgenes; perseverando siempre en la confesión de Cristo, tendrá un lugar muy glorioso entre los

confesores; se sentará con los apóstoles en aquella excelsa sede de los jueces en la regeneración, y juzgará al mundo que había despreciado; y con los mártires alcanzará la corona de justicia y la palma del martirio.

73. CÓMO FUE MÁRTIR.

Consta que hay dos clases de martirio: uno oculto, en la paz de la Iglesia; otro manifiesto, cuando sobreviene el trance de la persecución. Ambos los tuvo por la voluntad; a uno de ellos llegó de hecho. Pues, como cada día ofrecía siempre a Dios en el altar de su corazón lágrimas, vigilias, ayunos, la maceración de la carne y la mortificación de los deseos carnales, alcanzó ciertamente por el deseo el martirio que en tiempo de paz no pudo alcanzar. Y como no le faltó ánimo para afrontar al perseguidor en el martirio manifiesto del cuerpo, lo que no pudo de obra lo alcanzó con la voluntad. Aunque tampoco podemos negar en absoluto que tuvo también de obra este martirio, si consideramos, según el Apóstol, sus grandes trabajos por el Señor: en viajes frecuentes, peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de su linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez; además de las cosas exteriores, su carga de cada día, la solicitud por todas las Iglesias (2 Cor 11,26–28). ¿Quién enfermaba sin que él enfermara? ¿Quién tropezaba sin que él se abrasara? (2 Cor 11,29).

Quien, pues, fue acrisolado por el Señor con tantas y tan grandes adversidades del cuerpo y ardores del alma, ¿cómo se le negará con justicia que sea mártir? Pues si solo se contara como martirio la vida terminada por la pasión, de ningún modo habría atestiguado el Señor que el santo evangelista Juan había de beber su cáliz, a él, de quien sabemos que no terminó su vida con el martirio. Por tanto, si, según la sentencia del Señor, no dudamos que aquel ha de ser contado en el número de los mártires, tampoco debemos vacilar en absoluto respecto de este varón de quien hemos hablado, tan claramente santo y tan verdaderamente bienaventurado. Pues fue mártir, porque, según el Apóstol, el mundo estaba crucificado para él, y él para el mundo (Gál 6,14). Fue mártir, porque entre las tentaciones del diablo, entre los halagos de la carne, entre paganos que lo perseguían y cristianos que se le oponían, permaneció siempre impávido, inconmovible e invicto en la confesión de Cristo hasta el fin de su vida. Fue mártir, porque, puesto que μάρτυρ significa «testigo», él fue siempre testigo de la palabra divina y del nombre portador de Cristo. Por eso, nadie se admire de que no llegara al martirio que él deseaba con sumo deseo y que creía que se le había prometido; porque, según el sentido de esta palabra, se prueba que no era eso lo que se le había prometido. Y ciertamente, de haber recibido el martirio del cuerpo, quizá se le hubiera podido insinuar en el alma alguna altivez; y, para evitarlo, la prudencia divina le prometió y le concedió esto: que nada se menoscabara de sus méritos, y

que se velara por la humildad, que es la guardiana de todas las virtudes.

74

Por lo cual, puesto que ya por lo que antes hemos recordado está claro de cuánta santidad fue este varón y de cuánto mérito ante Dios, solo resta que, así como él fue en todo imitador de Cristo, así también nosotros procuremos ser imitadores suyos. Pues así podrá suceder que él viva siempre con nosotros en la tierra hasta la consumación del mundo, y que nosotros, después del paso de la vida presente, merezcamos vivir con él en el cielo. Pues vivirá con nosotros en la tierra si la santidad de su vida y el recuerdo de su doctrina nos lo hacen presente; viviremos nosotros con él en el cielo si, siguiendo sus ejemplos, tendemos siempre con todo el deseo y con toda la fuerza hacia aquel a quien él nos precedió, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.